

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 49. — N° 384.

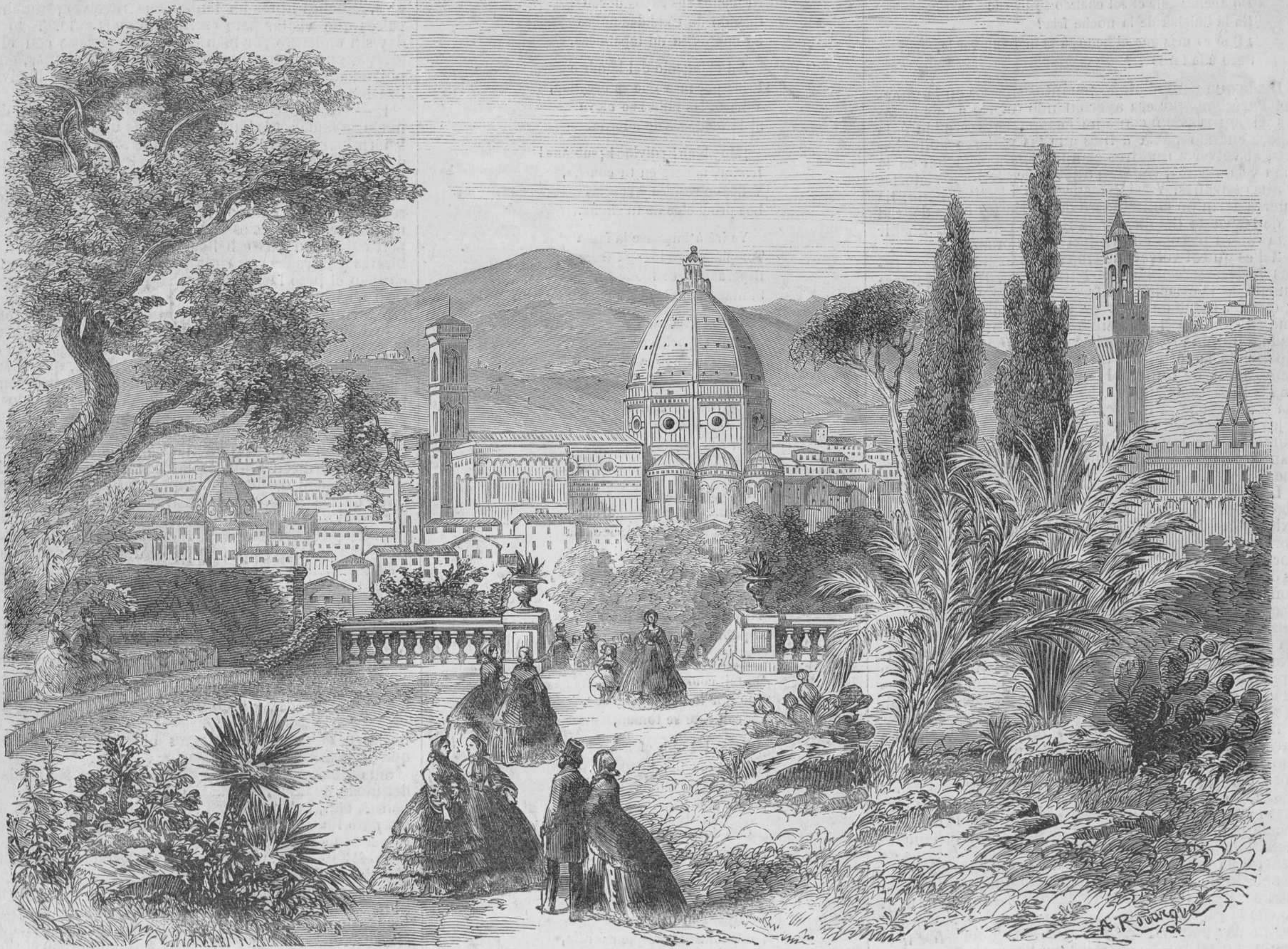
SUMARIO.

Los jardines Boboli en Florencia: grabado. — Revista Española. — Recepcion en Madrid de tropas procedentes de Africa: grabado. — Uniformes de las tropas del ejército papal: grabado. — Los habitantes de Niza dirigiéndose a los colegios electorales: grabado. — Una calle de

Suez: grabado. — Revista de Paris. — Ahiatar. — El ferrocarril de Lyon a Ginebra: grabados. — El doctor Antonio. — Vista de Vincennes: grabado. — La Biblioteca imperial de Paris: grabado. — La Virgen de las azucenas. — Revista de la moda. — Mentone, en el principado de Monaco: grabado. — Gaeta, residencia del rey de Nápoles: grabado.

Los jardines Boboli en Florencia.

Hé aquí una vista del jardin del palacio Pitti, que sirve en este momento de residencia al príncipe de Carignan. Este jardin, que llaman jardines Boboli, sirvió de modelo a los grandes jardines de Versalles. Desde el terrado que forma el primer término del dibujo, la vista es admirable. Mas allá de Florencia tendida en las



LA CIUDAD DE FLORENCIA, VISTA TOMADA DE LOS JARDINES BOBOLI, CERCA DEL PALACIO PITTI.

Mont. Martinez

márgenes del Arno, la vista se extiende sobre las vertientes de los Apeninos. En la cima los brezos cubren la roca pelada; luego á medida que se baja la mirada, se ven castaños y pinos, higueras y viñedos. Se distinguen las bonitas casas diseminadas por los dos valles laterales que desarrollan su alfombra de verdura; de allí los Apeninos forman un circo colosal del cual cada cordillera de montañas es una grada. La ciudad de las flores se halla protegida por todas partes contra el ultraje de los vientos bajo el cielo mas azul de la Italia. — Desde el terrado se domina Florencia y se puede pasar revista á sus monumentos, que aparecen todos en un majestuoso conjunto. La mirada puede en cierto modo pasearse por las calles y las plazas de esa espléndida ciudad, que mas que ciudad es un museo, y correr de una maravilla á otra por en medio de las obras maestras mas notables que hayan salido jamás de la mano de los hombres.

Ahora será inútil añadir que los jardines Boboli constituyen uno de los paseos mas frecuentados de Florencia. B.

Revista Española.

¿Cómo va el tiempo! — La paz. — Vuelta de las tropas. — Teatros. — Juegos de manos, de pega. — Théâtre français. — La modestia. — Historia del modo de andar. — Semana santa mojada. — Vuelven los bailes. — Hallazgo de una novia. — Noticias nuevas que se hacen viejas. — Abundancia de bolas.

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano;

¿Con cuánta razon podemos pensar los encargados de hacer revistas en estos versos de Rioja! Como si nada hubiese sucedido han pasado por delante de nuestros ojos todos los sucesos del invierno; y cuando nos parecían aun escasa racion, cuando empezábamos á fijarnos en ellos, la florida primavera cambia la decoracion; y de seguro el verano nos pondrá la suya antes que hayamos limpiado los anteojos para ver la anterior, que va huyendo de nosotros.

¡Ah! ¡qué cierta es aquella otra sentencia del mismo Rioja!

¿Qué es nuestra vida mas que un breve día,
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En la tiniebla de la noche fria?
¿Qué es mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde...?

Desde que pasó el otoño ¡cuántos sucesos en la guerra! Paréceme que era ayer cuando referia á mis lectores el entusiasmo con que España se apercebía á la pelea, cuando pedia á Dios que las viajeras golondrinas, al volver á nuestros campos en la estacion de la vida y la alegría, trajeran nuevas de gloriosas victorias y altas hazañas. Y así ha sucedido efectivamente. La guerra terminó cubriéndose de gloria los hijos del Cid y de Isabel la Católica, y la España puede hoy añadir una nueva página en el libro de sus proezas.

Así es que al volver las tropas á la península, en todas partes son recibidas con entusiasmo. Toda la carrera que desde la estacion del ferro-carril de Alicante hasta el cuartel habia de recorrer un batallon de artillería que entraba en Madrid sin aviso previo, apareció colgada é iluminada, y aquellas calles, que son las principales de la corte, en un momento se cubrieron de gente ávida de contemplar y saludar á los vencedores de las huestes de Muley Abbas. En Andalucía, Valencia y Barcelona, á imitacion de Madrid preparáronse festejos públicos para obsequiar á los soldados, y entre tanto son donde quiera escuchados, y donde quiera llevan la palabra refiriendo batallas y escenas de campamento.

Los teatros que han podido sobrevivir al invierno siguen pasando de la mejor manera posible su triste existencia. En el Príncipe se ha hecho una traduccion, obra del primer actor don Manuel Catalina, que lleva por nombre *Por derecho de conquista*, y cuyo original es de M. Legouvé. Esta produccion, en que tomó parte doña Matilde Díez, gustó, y ha dado entradas algunas noches, siendo reemplazada en la escena por otra original del señor Escrich que se nombra *Caricaturas*. No ha sido grande la fortuna de esta. El público y la critica la encuentran defectos en el plan, si bien rieron grandemente en algunas escenas de buen efecto dramático y aplaudieron trozos de fácil y graciosa versificación.

En la Zarzuela, una llamada *los Circasianos* se ha presentado adornada con gran lujo de comparsas, decoraciones y luz eléctrica. Mas á pesar de esto, y de ser obra del mas popular de los zarzuelistas, del señor Olona, no ha producido el efecto que sin duda la empresa se prometia, cuando ha hecho gastos de consideracion para darla á luz. Los concurrentes dicen que es demasiado *seria* para zarzuela; y á la música, que en general ha gustado mas que el libreto, la encuentran el defecto de ser muy buena. Por eso tal vez la direccion de aquel teatro despues de *los Circasianos* ha salido con la paparrucha titulada *Entre Pinto y Valdemoro*, destinada á parodiar los juegos de manos del señor Hermann. En mi revista anterior me lamenté del estragado gusto del público, que en ninguna obra dramática

hallaba solaz, y sin embargo, por ver á un prestidigitador agotaba los billetes con tres dias de anticipacion; ¿qué no es lo que podria decir ahora al ver aplaudir, no ya la sorprendente habilidad de los escamoteos, sino dos actores que en tono de chunga hacen burlita de ellos?

En fin, dejemos que al vulgo le den los espectáculos que le gustan, que pues él lo paga, él es quien tiene la culpa, no los que ofrecen semejantes manjares á su inapetente paladar.

El Circo vanamente ha querido sostenerse con dos novedades, original la una de don Francisco Manuel de Mendialdua, y traduccion la otra del actor don Benito Chas de Lamote. ¿Quién es él? y la *Torre de Londres*, que tales son sus títulos, han nacido y muerto á un mismo tiempo; que ni la compañía que en aquel coliseo ha quedado es bastante completa para atraer espectadores, ni estos se cuidan ya de lo que pasa en aquella sala, siempre llena en otro tiempo, y ahora por lo comun solo en ejercicio los domingos.

Le roman d'un jeune homme pauvre y les Enfers de Paris han llevado algunos curiosos al Teatro francés. Los actores que allí funcionan, inferiores sin duda ninguna en mérito á otros que les precedieron en años anteriores, se esmeran sin embargo procurando agradar, y forman un cuadro digno de atencion, llamándola por la variedad que ameniza y da realce á sus espectáculos.

En la Zarzuela se anuncia una gran novedad para el mes entrante: la venida del célebre Tamberlick, que dará allí quince funciones, acompañado de la Kenneht y Bartolini, y de una contralto aun no conocida en Madrid. Con este motivo se presenta á los ojos de los empresarios una magnífica cosecha de duros, aumentada todo lo posible por el inusitado precio á que han subido los billetes.

Despues de oír hablar de teatros, supongo que ya estarán preparados mis lectores para recibir otra leccion de VIRTUDES SOCIALES, segun costumbre. Hoy nos toca la tercera, que por cierto es muy importante, y se llama

LA MODESTIA.

No fuera gala del campo
La fresca y lozana rosa,
A no ocultar sus hechizos
Bajo el manto de las hojas.

Ni es el sol menos hermoso
Ni menos sus rayos doran
Cuando de cándidas nubes
Se improvisa un tapabocas.

Así el ingenio del hombre
Brilla por mas que se esconda,
Y hasta las nubes se eleva
Si la modestia lo adorna. —

¡Muy bien! ¡divino! ¡sublime!
Lector, métete en tu concha,
Y llenen resmas y resmas
Los productos de tu cholla.

Ya irá á buscarte la fama
Templando su lengua trompa;
Espérala, y sé modesto,
Si mueres de hambre ¿qué importa?

Hoy la modestia se encuentra
Por todas partes de sobra,
Y todos diz que la tienen,
Sin que nadie lo conozca.

Por eso nada se anuncia,
Nada se ensalza y se elogia,
Y en sus cariñosos brazos
Nos plantamos en la gloria.

Esos telones carteles
Con unas letras tan gordas
Son los mantos de inocencia
De tan púdica señora.

Con sus pomposos renglones
Se cobija vergonzosa,
Volviendo, por no tocarlas,
Al público las lisonjas.

Esos mazos de prospectos
De mil colores y formas,
Que por tomar algo gratis,
Únicamente se toman,

Esos, los ojos ofenden
De la modestia, su autora,
Y los suelta, como el árbol
Suelta en otoño las hojas.

Con dotes tan eminentes
¿Qué poeta no te adora,
Dulce modestia, que inspiras
Tanto verso y tanta prosa?

Tuyas son del orador
Las palabras con que exordia,
Y arrastrándose por tierra
Su gran talento pregona.

Tuyos los miles de versos
Con otros miles de odas,
Con lo de «mi dulce musa»
O «mi lira torpe y ronca.»

Tuyas son de muchas niñas
Las miradas candorosas,
Tuyo el imprimir los nombres
De todo el que hace limosnas.

Tuyo el abundante incienso
De gacetillas anónimas,
Y hasta el que pueblen las calles
Tantas doncellas palomas.

Tuyo que anuncie el Diario
Doncellas que nada ignoran,
Y amas de cria solteras,
Robustas y virtuosas.

Tuyas las cintas que el pecho,
No el alma, tal vez, decoran;
Tuyos los viajes de incógnito
De conocidas personas.

Tuyo, en fin es todo, todo,
Porque eres virtud de moda,
Y disfrazada de audacia
No hay pueblo que no recorras.

Tuyo es que al pié de un romance
Tan malo mi firma ponga,
Y tuyo el llamarle malo
Creuyendo de él otra cosa.

Por efecto de la modestia no he dado ya á mis lectores del CORREO DE ULTRAMAR una *Historia del modo de andar*, que ahora, aquí que nadie nos oye, bien puedo asegurar que es cosa buena. La escribí para una revista que corre mucho, y llevaba por epígrafe las palabras ¡DE FRENTE! ¡MARCHEN! pensamiento de un oficial de infantería; y..... vaya, ¡fuera miedo!..... decia de esta suerte.

Conocer el paso á que marchaban las generaciones que antes de nosotros existieron, es cosa por demás difícil é interesante. Sabiéndolo podemos arreglar el nuestro de modo que no atropellemos á aquellas, ni quedándonos atrás dejemos hueco en la procesion que forma la humanidad por la dilatada carrera de los siglos. Muchos libros he tenido que revolver; muchos países que visitar para escribir este artículo. Todo lo doy sin embargo por bien empleado, porque con ello estoy seguro de hacer un bien á mis semejantes, empujándolos por el difícil y escabroso camino de la civilizacion.

1. — Nada encontramos en el Génesis acerca del modo de andar. Ni siquiera consta de una manera clara y terminante que tuviesen piés nuestros primeros padres; aunque sí se deduce fácilmente que Adán estaba provisto de costillas.

Los egipcios, ese pueblo que á pesar de los destructores instintos del tiempo, vive aun en sus colosales monumentos, los egipcios nos prestan alguna luz sobre el particular con sus esbeltas y elegantes momias. Cubiertas y forradas con ricas bandas como las crias que chupan el jugo lácteo de nuestras mujeres, demuestran terminantemente á los ojos del sabio que aquel era el traje de gala ó de uniforme con que se honraban y lucian tan antiguos difuntos cuando aun no habian llegado á la clase de cadáveres. ¿Qué paso podia ser el suyo con semejantes vestiduras? Claro es, que si sus ejércitos conocieron las charangas, debieron serles completamente desconocidos el paso doble, el redoblado y el regular. ¡Gracioso aspecto presentarían en cambio las guerreras huestes marchando con saltos á piés juntillas, y con las plantas vueltas hácia fuera!

Nada nos dicen tampoco los historiadores de Grecia sobre el modo de andar de aquellos heroicos progenitores de los poderosos é ilustrados súbditos del rey Othon. ¡Lástima que no podamos brujulear cómo movian las piernas Sócrates y Milciades, Safo y Pitágoras, Demóstenes y Crespo. Aunque este último no debia moverlas mucho, pues como capitalista y banquero tendria algun *char-à-banc* de los que entonces se estilaban.

Los sabios de aquel tiempo viajaban por las calles lo mismo que ahora las sardinas, metidos en toneles; así lo prueba la historia del apreciable y erudito señor Diógenes, el cual, segun Quevedo en aquellos versos:

Eché á rodar su tonel
A coces y manotadas,

haría en el cubeto los mismos ejercicios gimnásticos que las ardillas en sus jaulas.

Sin embargo de que los autores griegos nada hablan del modo de andar de sus paisanos ni de los medos, persas, etc., nos refieren con elogio la descripcion de un paso llamado *de las Termópitas*; el cual debió ser invencion de cierto Leonidas, maestro de baile ó coreógrafo sin duda, cuando ponía en escena pasos de esta especie.

Acaso en Anacreonte encontraríamos versos en que se habla de piés de nieve, plantas ligeras, etc.; pero ¿quién hace caso de un viejo borracho como aquel, que si hoy viviera, pasaria los meses saltando desde el *café manchego*, ó sea despacho de vino, hasta la cárcel? Los monumentos no nos pueden suministrar ninguna luz.

El Partenón, el templo de Teseo en Atenas y otros, no tuvieron la precaución de ablandar en tiempo oportuno su enlosado para conservar las huellas de cuantos los pisaban; y lo único que semejantes edificios nos hacen colegir al examinarlos, es que ellos mas debieron tener de raíces que de *semovientes* (1).

II. — La India, ese país tan viejo como los demás países (no de abanico) hechos al mismo tiempo que él, nos ha dejado graciosos ídolos, verdaderos *chefs d'œuvre* de la escultura. No menos antiguos y preciosos se conservan en las pacíficas y florecientes tierras de Méjico y el Perú. Se ve por ellos, supuesto que las bellas artes copian siempre la naturaleza, que los antiguos indígenas debieron ser por extremo lindísimos. Aquí un botijo con cabeza de hombre; allí una mujer con diez y siete caras oliendo una flor por las orejas: acá dos niñas con picos de cigüeñas por narices, acullá un mocho con barbas en las cejas y un ojo en la barriga. Pero entre tantas figuras ninguna hay andando; todas están en pié ó echadas en almohadones tan graciosos como ellas; por consiguiente es cosa indudable que en aquellos países se pasaban la vida haciendo centinela ó tumbados á la *bartola*.

III. — Ya estamos en Roma. Sus arcos de triunfo, sus monedas y sus estatuas, al mismo tiempo que los productos de su literatura, indican que los hijos del Lacio eran en general muy parecidos á sus nietos, excepto en la parte interior de la cabeza.

Tenian piés como nosotros, y andaban, ora levantando una pierna despues de otra, ora en carros en forma de tribunas. Para tiro de estos usaban los hombres caballos que corrían en dos piés y con las manos alzadas; ó leones, tigres y demás animales mansos; y las señoras tenían á gala llevar troncos volantes de tórtolas ó pichones, segun de Venus, la primera en hermosura, nos refieren los poetas. Hallábanse establecidas las caballerizas de la aristocracia en la antigua ciudad de Cartago (2).

La afición á llevar descubierta el pié y aun las pantorrillas, por no conocer calcetas ni polainas, nos hace creer que los romanos debían tener una especie de pezña insensible á las arenas y abrojos del campo; y al mismo tiempo que nadie sería poseedor de piernas torcidas, porque entonces no las hubieran enseñado tanto. Muchas son las estatuas que existen sin tener mas que una, y como habiendo academias, comisiones de sabios, etc., no se comprende que el tiempo las haya mutilado, se deduce que en Roma hubo tambien cojos, aunque no tenían idea de las muletas.

IV. — Los romanos pues andaban lo mismo que nosotros, efecto sin duda de su completa civilización. Mas como nadie puede con los bárbaros, al apoderarse del imperio los del Norte, todo, hasta el modo de andar, quedó olvidado por completo. Vergüenza sería para nosotros estudiar las costumbres de aquellas fieras: dejémoslos pues, y vámonos á los poéticos días de la edad media. Las milagrosas maneras de andar que cuentan las leyendas y tradiciones populares, hállanse confirmadas en las estatuas que adornan los sepulcros y en las esculturas de las catedrales. Contéplase en aquellos á los nobles cubiertos con todas sus armas, abrazada la espada y al costado la mujer, lo cual indica que amaban á aquella mas que á esta, y que cuando era preciso estrechar la primera, dejaban á un lado la segunda. Debía ser entonces muy de moda el pasear de pié sobre diversos animales, porque la mayor parte de los caballeros descansan á modo de *clown* de circo olímpico en las costillas de leones ó lebreles, y las señoras tienen comunmente dragones por peanas.

Usábase mucho el ejercicio de trepar por los árboles y sostener grandes pesos con la espalda, principalmente los niños y los hombres gordos: así lo demuestran fuentes y capiteles con párvulos y alcides.

V. — ¿Cómo andaban los árabes españoles? Largo asunto es este para un artículo, y mal idioma el castellano para tratar de cosas españolas; pero cuando yo vaya á Francia prometo publicar una obra sobre tal materia, que será al punto traducida por sabios literatos de estas regiones y coronada con rimbombantes gacetillas y copiosa venta.

VI. — Desarrollada completamente la civilización en los últimos siglos, la imprenta, esa invención colosal que sirve de coche y de wagon á tantas ideas grandes y tantos desatinos tremebundos; las bellas artes, y en los días presentes la litografía y el daguerreotipo y otras mil lindezas nos hacen conocer claramente el modo de andar de los mortales. No me detendré en explicarlo. La erudición amena (3) es ya familiar á todos, y nadie hay que ignore cuál es, no ya el paso de los hombres, sino la *marcha civilizadora de la humanidad*. Apártense Vds. pues á un lado para que esta señora no les atropelle, que va, segun ella dice, muy de prisa. Yo corro á casa de la filosofía á tomar un balcon para observarla desde un buen punto de vista con telescopios alemanes, y luego en extensos artículos contaré al público el resultado de mis indagaciones del modo mas á propósito para que nadie las entienda, porque así nadie podrá encontrar mas que bellezas. Hasta tanto celebraré que se contenten Vds. con lo dicho.

(1) En Francia y en Italia hay obras de escultura y arquitectura griegas; pero no he podido saber si las han llevado en carros ó andando, como corderos trashumantes. El mariscal Soult nos hubiera sacado de la duda diciendo cómo le siguieron los cuadros españoles.

(2) Allí estaban las de la diosa Juno: *...Hic illius arma, hic currus fuit...* (ÆNEID. lib. 1.)

(3) Es decir: la de los papagayos.

Las funciones de semana santa en Madrid han perdido este año una parte de su realce á causa del mal tiempo sin duda. Ni la reina salió á visitar las estaciones, ni la procesion del viérnes santo recorrió tampoco las calles de costumbre. Esto y los chubascos que de tiempo en tiempo descargaban, no fueron sin embargo bastante causa para impedir que las niñas madrileñas luciesen sus elegantes trajes de luto poblado las iglesias, ávidas de oír sermones que las convirtiesen.

Pero concluida la época de las mortificaciones y los ayunos, volvieron los bailes y los conciertos á repararse las noches de la semana entre las casas de la aristocracia, y volvieron las danzas de modistas á dar vida á los alegres salones de la calle de Capellanes, hasta que el calor obligue á los aficionados á trasladarse con sus parejas á los campestres recintos de la *Camelia*, apenas alumbrados por la tibia luz de los farolitos de colores.

Mi amigo el poeta Corzo, que anda á *caza de novia*, segun verian mis lectores por su lindo romance que inserté en la anterior revista, tiene pues famosas ocasiones para conseguir su objeto; pero entre tanto yo, que por complacerle tambien he hecho mis indagaciones, voy á presentar el resultado obtenido en ellas. Héle aquí:

HALLAZGO DE UNA NOVIA.

En un rincón del Parnaso,
Ó sea zaquizamí,
Donde guarda cada musa
Miriñaque y cenojil,

Sentado sobre un soneto
Tu carta, Corzo, leí,
Filosófica en el fondo,
En la forma juvenil.

¡Mujer, y con condiciones!
¡Cosas tenedes, el Cid!...
Si piensas siempre lo mismo,
Con palma habrás de morir.

La mujer, gloria del mundo,
Abultado serafín,
Se há de tomar como purga,
Cierras los ojos, y zis...

Amante del bello sexo,
Del matrimonio adalid,
En ser papá y ser marido
Hallas placeres cien mil.

Verdad que todo en el mundo
Nos dá ejemplo que seguir,
Pues sin pareja ó parejo
Nada existe por aquí.

Que ama la yedra los troncos
Y las paredes la vid,
Y el oso, cuando hace el idem,
Se pone guapo y gentil;

Y tiene esposa el jilguero,
Y esposo la codorniz,
Y se casa el elefante,
Y matrimonía el delfín.

Tienes razon, caro Antonio;
Cásate y serás feliz,
Como el pájaro en la jaula,
Como el toro en el toril.

Dar nuestro amor á una hermosa,
De ella el suyo recibir,
Y gozar de cien hijitos
En la sonrisa infantil.

Tal es la gloria del cielo,
Tienes valor de decir;
Aunque de lindos detalles
Te olvidas un celemin.

Ya mirarte me parece
Con mas retoños que abril,
Guiando siete chiquillos
Por las calles de Madrid.

En estado interesante
Y con hocico de esplin,
Hecha músico de bombo,
Cuelga tu esposa de tí.

Siguen dos burras de leche
— Pasiegas quise decir, —
Y tres niñeras completan
Ce beau tableau domestique.

Ora buscando juguetes
Andas hecho un zascandil,
Ora á tu esposa acompañas
Chez Bernos et Honorine.

Por verte pues tan dichoso
Corrí de aquí para allí,
Buscándote una costilla
Que te puedas añadir.

Por telégrafo y correo
Pedí novias á Paris,
Y á Marruecos y á Circasia,
Y á Galicia y á Pekin.

Un muestrario de hermosuras
De diferente matiz
Tengo encerrado en mi casa,
Porque puedas elegir.

Es la primera una niña,
Viva imágen de una huri,
Con nervios y falderito,
Hábil en wals y *schotisch*.

La segunda nada entiendo
De coser ni de zurcir,
Pero habla inglés, canta, borda,
Y nació junto al Genil.

Esta tiene cien parientes,
Y ningún maravedí;
Aquella peina millones,
Y es mas fea que un mastín.

Pero viendo que tú exiges
Con el disyuntivo *ni*
Mujer nacida sin padres,
Que es un modesto exigir,

Buscando esta circunstancia
A las musas acudí,
Que á Venus, hongo marino,
Te quisieron adherir.

Esta es la mejor de todas,
Y con cierto paladin,
En cierta red fué pescada,
Hallándose en cierta lid.

Elige pues, caro Corzo,
Que el mundo se encuentra así,
Y es pedir mujer sin faltas
Luna sin manchas pedir.

Y no dudes un momento
Que si doy con ella al fin,
Por vía de corretaje
La guardaré para mí.

Y con esto no podrá decir mi amigo que no soy generoso, pues que trabajo de balde y me quedo con la mujer, dejándole sin compromiso y en libertad para buscar otra; que el placer de buscar es el mayor de los placeres, así como la posesion es el principio del hastío.

Por eso en la capital de España, donde mas que en ningún pueblo de la península hay variedad de emociones, es precisamente donde mas reina el aburrimiento y el afán de saber noticias. Abril las ha traído en abundancia, y todavía se nos hacen pocas. El desembarque del capitán general de las Baleares con las tropas de su mando y su desgraciada muerte, la prision del conde de Montemolin y su hermano don Fernando, las conferencias celebradas en Tetuan para ajustar la paz, todo nos dá motivo para hablar un día, y al siguiente ya preguntamos: «¿qué se dice hoy?» exclamando con desden: «¡bah! eso es viejo,» cuando alguien nos cuenta lo que ayer nos admiraba como noticia de gravedad y trascendencia.

De aquí que todo el que no puede pescar noticias se eche á inventarlas, y de aquí por consiguiente que circule ese infinito rosario de *bolos* que está circulando sin descanso en calles y tertulias. El que no da noticias frescas hace un papel desairado, y demuestra que no tiene entrada en ninguna clase de círculos ó redondeles.

Madrid 30 de abril de 1860.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

Recepcion en Madrid de tropas procedentes de Africa.

Con fecha del 12 de abril último escriben de Madrid lo siguiente:

El 5º regimiento de artillería procedente de Africa, y perteneciente al cuerpo de ejército de la division del general Prim, ha sido recibido á su entrada en Madrid con el mayor entusiasmo. La recepcion no ha sido oficial; el pueblo se encargó de recibir á estos valientes, cuya llegada se ignoraba una hora antes. El casino del Príncipe, al iluminar sus balcones, dió la noticia á los madrileños, y entonces, por un movimiento espontáneo, los balcones se iluminaban y se colgaban.

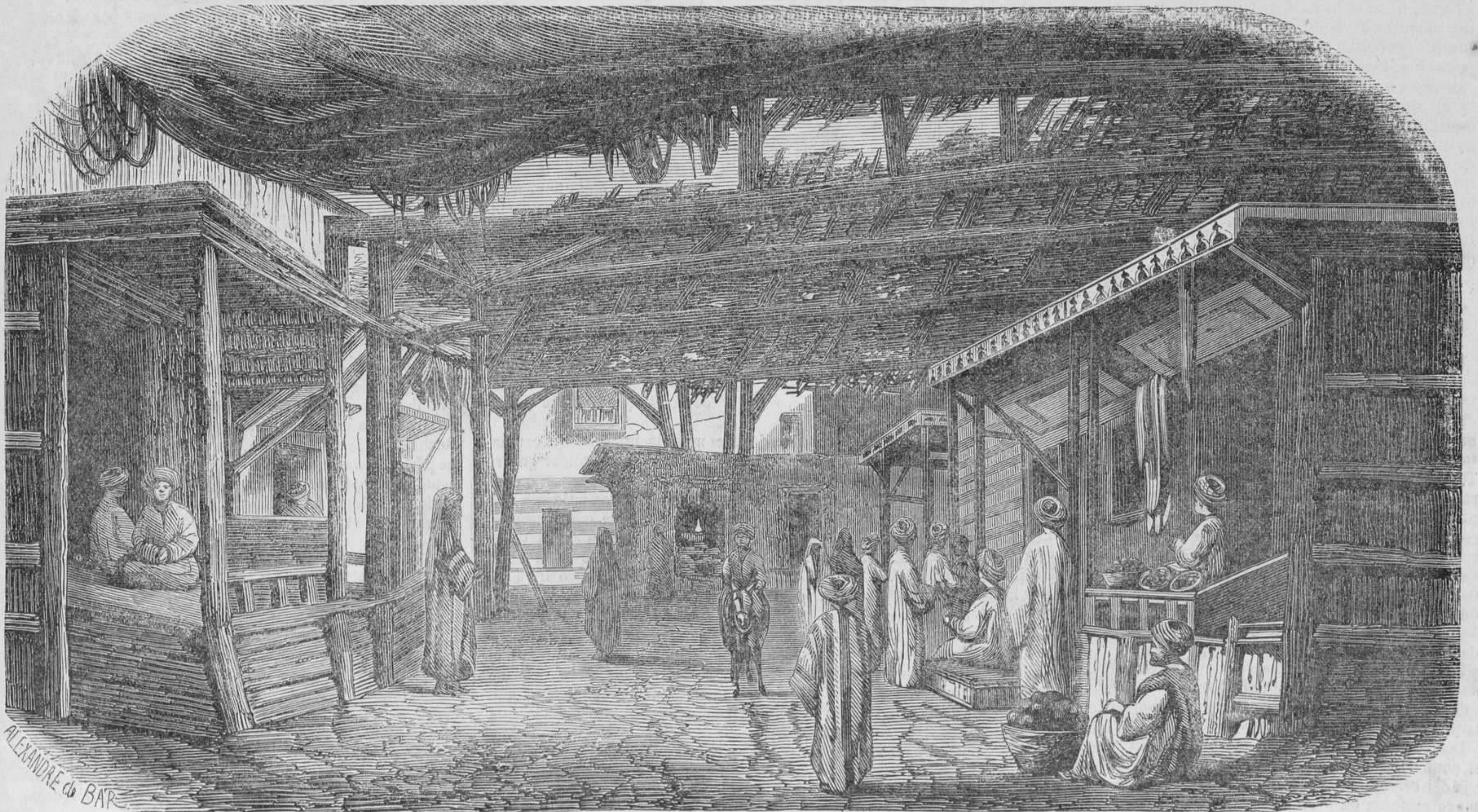
Este regimiento, que operó como un regimiento de infantería, tuvo muchas bajas en Castillejos; contribuyó á la gloriosa victoria que abrió el difícil paso del monte Negron.

La muchedumbre se apiñaba en las calles por donde pasó demostrando un entusiasmo indecible. De todos los balcones volaban coronas y flores. En la calle Mayor otra ovacion esperaba á este regimiento. Un extranjero llamado M. Herrmann arrojaba veinte y seis magníficas coronas con el aplauso frenético del pueblo.

Al nombre de M. Herrmann, el regimiento se detuvo, pues recordaba que ese hombre generoso habia dado doce mil pesos para los inutilizados de Africa, y tomando parte en el entusiasmo general, saludaba ese nombre con repetidas salvas de aplausos. D. E.



LOS HABITANTES DE LA CIUDAD DE NIZA DIRIGIÉNDOSE A LOS COLEGIOS ELECTORALES.



UNA CALLE DE SUEZ.

Una calle de Suez.

Quando no se han visto mas que las calles de las ciudades europeas, se figura uno muy difícilmente lo que es una calle en los cálidos climas del Oriente. No hay duda que la calle tiene siempre su empleo especial, que es la circulación de la gente y de los animales; pero no hay ninguna que no esté cubierta, y si se hallasen como las nuestras al aire libre, nadie podría recorrerlas durante la mayor parte del día. El sol es en esos países un enemigo común que se combate por todos los medios posibles; y la sombra es una necesidad de la vida. Y si no véanse esos maderos que cruzan la calle y que aseguran á todos los que pasan que el sol no logrará hacer penetrar uno solo de sus rayos. Encima de la tienda que es muy oscura y baja, hay por lo común un sobradillo que es ya una primera protección; y luego sobre todas esas murallas aisladas, domina y se extiende la muralla común que cubre las casas y las reúne. El arte del carpintero tendría algo que decir contra esas vigas generalmente mal colocadas; y el arquitecto no comprendería todas esas líneas que se cruzan y se interrumpen cien veces sin estar jamás á plomo en sus ángulos demasiado irregulares. Pero en cambio gana mucho la parte pintoresca, y el ojo se acostumbra en breve á esa confusión que recuerda la de las chozas ruinosas de nuestras aldeas.

De hecho el objeto se llena por medio de tablas, esteras y lienzos, y bajo ese vasto y extraño cobertizo se respira una frescura que no es desagradable, y sin la cual nadie saldría de su casa á sus quehaceres.

Por eso la calle es á la vez un bazar, un café, y un punto de reunion para los compradores y los ociosos. No solamente se pasa, sino que la gente se detiene á conversar y á matar el tiempo. Esto nada cuesta; pero no se puede decir otro tanto de las frutas que se venden en las calles de Suez. Como estas frutas llegan de lejos, lo mas cerca es el Cairo, necesariamente cuestan muy caras. En las cercanías de Suez no hay un árbol, ni una mata, ni asomo ninguno de verdura; no hay mas que arena y piedras. Tampoco se ve una gota de agua; y por eso las sabrosas frutas del Egipto que refrescan y alimentan á la vez son muy estimadas. Una naranja es buena en todas partes; pero en las orillas del mar Rojo, al pié del Attaka, en una ciudad que carece enteramente de líquido potable, es mil veces mas gustosa y mil veces mas cara. Tienen que traerlas de treinta y cinco leguas en camellos como todo lo restante; excepto las piedras, no hay nada en Suez que no haya llegado del valle del Nilo, cuando no de la Arabia ó de la Abisinia, á doscientas ó trescientas leguas de distancia.

Pero la situación de Suez al extremo del mar Rojo entre tres mundos, el Africa, el Asia y la Europa es tan importante, que no ha sido posible evitarla, y que á pesar del desierto, se ha edificado la ciudad y se ha ido ensanchando, no obstante la naturaleza que en breve la habría aniquilado sin los esfuerzos incesantes de los hombres, mas obstinados aun y mas poderosos que ella. Suez llegará á ser una ciudad como otra cualquiera, y despues será una ciudad inmensa cuando el canal marítimo lleve á ella el comercio del mundo y lleve tambien las aguas bienhechoras del rio que fecundiza el Egipto.

Otra singularidad de las calles de Suez es que no se ve en las tiendas ninguna mujer; solo hay hombres. El uso, mucho mas imperioso aun que la ley religiosa, no permite al bello sexo que se muestre con el semblante descubierto, y como no es cosa muy cómoda para los negocios comerciales el hablar con velo, las mujeres se abstienen en lo general de estos negocios. Hasta los que son mas propios de las mujeres, los venden los hombres con el arte que poseen para vender, que se diría regalan lo que dan por el dinero. Y no es que no sepan contar; muy al contrario; si el comprador no está muy alerta, seguramente saldrá engañado; por lo regular piden tres ó cuatro veces lo que vale el objeto. Despues reducen sin el menor escrúpulo, pero hay que saber regatear, y es preciso tratar al mercader con mucho desprecio.

X.

Revista de Paris.

Todas las diversiones propias del verano se han inaugurado en Paris en la última semana, y los parisienses cansados del largo invierno que acaban de pasar, se han precipitado en masa á los conciertos y á los bailes al aire libre, que constituyen el recreo principal de la temporada en que entramos. Todavía no se habla de viajes, pero ya los salones van cerrando sus puertas, y la gente de alto tono se pasea en las primeras horas de la noche por el bosque de Boulogne. La compañía de ópera italiana se ha disuelto, y Tamberlick ha tomado el camino de Madrid donde debe dar algunas representaciones, despues de haber cobrado de manos del señor Calzado la suma de doce mil pesos aproximadamente por las óperas que ha cantado en Paris durante mes y medio. Como Tamberlick no se halla sin ajuste en todo el año, pues corre de San Petersburgo á Paris, de Paris á Madrid ó á Londres, y como en todas partes cobra con poca diferencia lo mismo que en el teatro del señor Calzado, nuestros lectores pueden calcular fácilmente cuál es el sueldo anual del célebre cantante.

Dícese que el barrio de la nobleza está muy conmovido con el anuncio del casamiento del príncipe de Polignac con la hija del célebre banquero M. Mirés. Recibirán á la joven y nueva princesa en los aristocráticos salones del arrabal de

San German, cerrados herméticamente á la raza plebeya? Sin embargo, no es la primera vez que un nombre histórico asocia el brillo de sus blasones al de una fortuna adquirida en los negocios. Además, estamos en el siglo del progreso, siglo feliz en que cada cual puede llegar á la cumbre de todo por su inteligencia ó por su audacia. Dícese que los novios tendrán una renta de ciento diez mil francos.

Al mismo tiempo se anuncia otro casamiento en circunstancias análogas, si bien en este se hallan cambiados los papeles.

M. Monpelas, uno de los hijos del rico perfumista de este nombre, se casa con Mlle de Dax, hija del marqués de Ascat. Esta señorita no tiene mas dote que una belleza extraordinaria y una perfecta educación. M. Monpelas es uno de los jóvenes mas distinguidos del alto comercio parisiense.

Hablemos un poco de las carreras de caballos, la diversion á la moda en estos dias de primavera de que disfrutamos.

Las del domingo último estuvieron brillantísimas. Era aquello un verdadero steeple-chase de coches con tiros de cuatro caballos. Las berlinas de posta no se atreven á salir cuando las carreras tienen lugar en el bosque de Boulogne; se reservan para Chantilly y la Marche. El emperador y la emperatriz han asistido á todas ellas, medio infalible de atraer á lo mas escogido de la sociedad parisiense y extranjera.

Es imposible formarse una idea de la fisonomía del vasto hipódromo del bosque de Boulogne cuando no se ha visto: es el panorama mas espléndido que puede imaginarse de trajes elegantes, de coches de lujo, de jineteres en hermosos caballos y de gente de toda clase.

A la vuelta los coches forman hileras de cuatro y seis en fondo desde el campo de las carreras hasta la plaza de la Concordia, es decir, en una extension inmensa.

Y ahora que hablamos de coches, vamos á decir algunas palabras sobre un sistema muy ingenioso propuesto últimamente para la vigilancia de los cocheros.

Es de advertir que la compañía de los carruajes de Paris no ha podido conseguir nunca establecer un método para saber exactamente las sumas que reciben los cocheros del público, por lo cual sus acciones sufren una pérdida considerable, que se calcula en tres millones de francos.

Muchos medios de vigilancia se han proyectado y se han probado; pero todos tenían un lado vulnerable; cuadrantes, contadores, relojes, etc.; en fin, ninguna de estas invenciones ha producido los resultados que se desean.

El problema, á decir verdad, ofrece muchas dificultades, y todos los que se han ocupado de él están de acuerdo en que el único interventor posible es el que va en el coche.

Pero ¿cómo obligar á este á que cuide de los intereses de la compañía? No todos los que toman coches son accionistas de la compañía imperial, y la indiferencia del público es bastante conocida en esta materia para no tranquilizar en modo alguno al consejo de administración.

Un hombre inteligente é ingenioso, M. Hesse, ha propuesto pues al consejo de administración de la compañía imperial un sistema que permitiría la supresion de todos los vigilantes que están en la vía pública, y trasformaría á cada viajero en un interventor interesado.

Para esto bastaría fundar una rifa mensual cuyos premios tuvieran bastante importancia para excitar el interés del público, como verbigracia, cinco mil francos el premio grande.

Todas las mañanas entregarían al cochero un cuadernito de billetes de la rifa. Cada viajero sabría por un aviso prendido en el interior del coche, que en el momento en que paga al cochero, este debe entregarle un billete de la lotería por cada veinte y cinco céntimos de la suma que le paga.

De este modo, una persona que paga 4 franco 25 céntimos, que es el precio de una carrera sencilla, recibiría cinco billetes de la rifa.

El que conservare un coche durante tres horas á 2 francos por hora, tendría que recibir veinte y cuatro billetes de la rifa.

Por la noche no habría mas que consultar el cuaderpo del cochero; el número de billetes arrancados de él, indicaría exactamente las sumas que había percibido.

Bajo este concepto, un cochero en cuyo cuaderno faltaran 110 billetes de la rifa, habría recibido durante el día 27 francos 50 céntimos; otro cochero á quien solo le faltaran 80 billetes, no habría recibido mas que 20 francos.

Nada mas sencillo que este ingenioso sistema. No hay que construir máquinas, ni que hacer cambio ninguno en los carruajes; con unos papeles impresos está todo.

Cada persona que toma un coche intervendría forzosamente en la contabilidad de su cochero.

Es de creer que nadie descuidaría reclamar sus billetes de la rifa; quizá alguna vez habría personas que olvidarían ó desdeñarían los billetes, pero la pérdida que de esto resultaría sería insignificante, comparada con la que se sufre actualmente.

En la próxima reunion de la compañía imperial de carruajes se tratará de esta cuestion, y todo parece indicar que se adoptará el sistema propuesto.

Paris va á tener en un tiempo mas ó menos próximo tres nuevos teatros: el de la Grande Opera que se construirá detrás de la calle Basse-du-Rempart cerca del boulevard y á la altura de la calle de la Paix, y los dos restantes en la plaza del Chatelet; estos últimos en reemplazo del teatro imperial del Circo y del Teatro Lírico, que van á ser demolidos dentro de poco.

La construcción de los tres teatros está ordenada ya; pero parece ser que en vista de los planos expuestos para el de la Opera han surgido algunas dificultades; los periódicos de Paris hacen una oposicion muy decidida al lugar elegido, que dicen no pasa de 7,800 metros cuadrados. No nos extraña esto; en Paris tienen la inveterada costumbre de construir teatros mezquinos; no hay uno que pueda figurar entre los teatros principales del mundo, y á la verdad sería lástima que no estuviera en otras condiciones el que se trata de levantar en el día.

Los de la plaza del Chatelet estarán concluidos completamente dentro de ocho meses; cuestan 4.300.000 francos.

Otro establecimiento está para inaugurarse ahora, y es el panorama nacional que la villa de Paris ha mandado edificar al nordeste del palacio de la Industria en los Campos Eliseos y que se halla casi terminado en la actualidad, pues faltan solo las decoraciones exteriores.

El monumento presenta una rotonda inmensa, no tan grande sin embargo como la que antes existía en la plaza Marigny, pero de un diámetro mas largo que el del Circo de la Emperatriz que está enfrente.

El panorama se elevará en medio de un jardín inglés dibujado con arte. Ya se han hecho los plantíos, y á cada lado del pórtico principal habrá grandes macetas de verdura del mejor efecto.

En tanto que los obreros dan la última mano á los trabajos del exterior, por dentro rivalizan en celo los artistas que secundan al coronel Langlois en la ejecución de la *Toma de Sebastopol*, lienzo de dimensiones inmensas. Hace siete meses que trabajan en esta obra treinta artistas, y han de seguir trabajando algun tiempo mas. Añadiendo á este tiempo el que ha gastado el coronel Langlois, año y medio de campaña y tres años de residencia en Sebastopol, se tendrá una idea de los trabajos, estudios y vicisitudes de toda clase que habrá costado la obra maestra que se promete al público parisiense.

Tenemos que hablar á nuestros lectores de una fiesta que ha dado el martes último la célebre Ristori en la sala Hertz á beneficio de los Niños sordo-mudos ó ciegos. Se oyeron piezas de música tan variadas como escogidas, y la Ristori declamó una obra de que queremos hablar á nuestros lectores. Es la balada popular de la *Cruz de Verban*, de la cual el señor Dall'ongaro ha hecho un hermoso poema.

La Ristori estuvo admirable lo mismo en el preludio que en las peripecias de esta historia sombría. El señor de un castillo próximo al lago Verban se ha dejado persuadir por un traidor cuyo nombre no dice la balada; ha creído que se muere, pura cual ninguna, era culpable, y la entregó con su hijo «al mas cruel de sus bravi elegido para el caso en su abyecta cuadrilla.» La infeliz muere con su hijo en el abismo durante una noche tempestuosa.

Aquí comienza una serie de estrofas, que declamada por la Ristori hizo estremecer á la asamblea. Su traducción es esta:

«La tormenta fatal harta con sus dos presas ha cesado. Se ve un vestido blanco que flota un instante todavía sobre el agua y desaparece; luego la superficie del lago vuelve á quedar silenciosa

» Pero los abismos, por profundos que sean, no pueden ocultar largo tiempo la huella de los crímenes. El celoso que ha satisfecho sus cobardes instintos, espera en vano durante la noche la embriaguez de los sueños. — El cuerpo desaparece y muere en la tormenta; pero el alma sobrevive y sube al cielo.

» El culpable desgarrado por los remordimientos, se figura ver siempre en todas partes á Imelda y al niño que ha enterrado en las ondas. Una voz, un murmullo llega á su oído, y cree oír el viento del lago.

» La onda azul del Verban le parece purpurina, sangrienta; todo objeto que llega á su vista, es para él la imagen de un niño espirante. Cuando el alcion roza el agua, es Imelda que se sumerge.

» Si pide al sueño algunos instantes de descanso, un fantasma surge de repente al pié de su cama: es una mujer que se ahoga con la cabellera chorreando, la agonía en la boca.

» Clava en su verdugo una mirada apagada; el brazo descarnado de la víctima se alarga, se alarga hácia él desmesuradamente: el dedo de esa mano de esqueleto se fija con fuerza en el corazon del perjuro, y una voz débil le dice: ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

» Y este murmullo roneo y profundo como un gemido lejano se aumenta y muge como los truenos de la tempestad ó como los terribles clarines del Valle de Josafat.

» ¡Piedad! ¡piedad! ¡sombra lastimosa! exclama al fin. Si, ¡eras pura, eras inocente! ¡perdona! ¡perdona! ¡ó déjame al menos que te siga en las tinieblas de tu fría tumba!

» Así vivió el señor, entregado á sus remordimientos, sin esperanza de reposo, sin familia. Veinte años trascurrieron, y siempre en vano invocó la misma muerte que Imelda había recibido por orden suya.

» El tiempo casi ha borrado ya su nombre y su raza; pero ha quedado un monumento en las márgenes de ese funesto lago... es una pobre cruz ante la cual aun en el día se arroja y ora el caminante.»

El triunfo que la Ristori obtuvo en esa noche fué uno de los mas grandes que ha podido obtener; pero fué tambien justo y merecido como nunca.

Los parisienses abrigan la esperanza de que la Ristori podrá llegar á entrar en el Teatro Francés, y ya noches pasadas ha hecho una prueba de declamacion en el idioma de la Rachel; no la hemos oído, pero nos dicen que su acento debe perfeccionarse mucho todavía. Mientras se entrega á este estudio, muy difícil por cierto, está dando en los Italianos varias funciones en la lengua mas dulce y mas enérgica del Petrarca y del Dante.

MARIANO URRABIETA.

Aliatar.

I.

Volaba que no corria
Aliatar en su caballo,
Que mas lo impele que el bruto
Su corazon esforzado.
De azul y negro vestido
Iba altivo y publicando,
Celos, que affigen al alma,

Y muerte, para curarlos.
Una lanza de dos hierros
Blandia la diestra mano,
Y en la siniestra la adarga
Que del sol toma sus rayos.
«Nadie, gritaba, me tenga
Que hemos de ver en el campo,
Si cual galanteas lidias,
Si cual amante eres bravo.
Si á Melindora entregaste
Tus joyas y tu retrato,
Por tu retrato y tus joyas
A la muerte le abrí paso.
Si quieres vengarla, vuela,
Que estoy, Tarfe, deseando
Probar como tus injurias,
La pujanza de tu brazo.»
A Tarfe encuentra y le embiste,
El le acomete bizarro;
Que no hay como amor y celos
Para hacer los hombres bravos.
En dos terribles encuentros
Los dos ilesos quedaron,
Mas en el tercero, Tarfe
Quedó rendido y postrado.
Faltó la pujanza al bruto
Y vino al suelo rodando,
Y quedó, mal que le pese,
En poder de su contrario.
Que fué en batallas piadoso,
Y en las justas siempre humano,
Cortés con sus enemigos
Y dispuesto á perdonarlos.
Mas no en batallas de amores
Ni por los celos punzado,
Pues los celos no se curan
Sino con sangre y estragos.
Llega y le penetra el pecho,
Abriéndole libre paso
A la vida y los amores,
Que en un punto terminaron.
Airoso volvió Aliatar
Las riendas á su caballo,
Después de tomar venganza
Y castigar sus agravios,
En la mora por ingrata,
Y en Tarfe por temerario.

II.

Brillaba en el alto cielo
La blanquísima Diana,
Cuando Aliatar recorría
Los umbrales de su dama:
Aquí por la vez primera,
Repite, me robó el alma,
Y aquí entre gratas cadenas
Me la dejó aprisionada.
¡Cuántas dichas y placeres
En este sitio gozaba,
Que envidiar pudiera el cielo
Y envidia á la tierra daban!
¡Cuántas veces de sus labios
Entre perlas y entre grana,
Escuché á par de suspiros,
«Melindora te idolatra!»
¡Cuántas veces de sus ojos
Las halagüeñas miradas,
Cual dos agudas saetas
Me traspasaron el alma!
¡Y cuántas ¡ay! en sus brazos,
Mas blancos que nieve ó plata,
Gocé del amor mas puro
Que de una fuente las aguas!
¿Quién igualó en los torneos
Mi gentileza y mi gala,
Cuando sus dedos de armiño
Mi turbante engalanaban?
¿Quién de mi rica marlota
Igualar pudo la franja,
Que mas pareció que puesto
En ella el oro brotaba?
¿Y quién corrió mas gallardo
A presentar á sus plantas,
Las sortijas y las cintas
En las carreras ganadas?
Todo mi amor fué ventura:
Todo mi amor fué constancia:
En mi amor no hubo deseo
Que amor no lo coronara.
Mas ¡ay! que un alevé amigo
Vendiendo mi confianza,
En mi amor puso el deseo
Y en él labró mi desgracia.
Le brindó nuevos amores;

Nuevas caricias prepara
Y de una mujer amante,
Hizo una mujer ingrata.
¡Mas qué mucho si en sus pechos
Siempre habita la inconstancia
Y en engaños y traiciones
Son listas y aleccionadas!
Yo le di muerte ofendido
Sin saber que heria mi alma,
Y en ella acabó mi vida,
Que ella mi vida guardaba.
No es Aliatar afligido
El que á tus umbrales clama;
No es un mortal, ni el amante
Que tan rendido te amaba.
Es un espectro medroso;
Es una triste fantasma;
Es mi sombra, que á tu sombra
Sigue y por do quier la llama.
Vuelve, Melindora mia,
Vuelve y te verás vengada,
Que Aliatar murió contigo
Cuando en tí clavó su daga.
Así dijo, y de sus ojos
Dos torrentes se desatan;
Y en tanto el cielo abandona
La blanquecina Diana.

JUAN M. DE ARRAMBIDE.

El ferro-carril de Lyon á Ginebra.

La sociedad del ferro carril de Lyon á Ginebra constituida por noventa y nueve años, por decreto de 6 de agosto de 1833, tenía por objeto poner en comunicacion Paris, los puertos de la Mancha y del Océano Atlántico con Ginebra, el Piemonte y la Italia; y á Lyon y Marsella con la Suiza y la Saboya.

Hoy Paris solo dista 620 kilómetros de Ginebra y 590 kilómetros de Chambery; Lyon 160 kilómetros de Ginebra y 130 de Chambery, y Marsella 510 de Ginebra.

El camino se compone de una línea principal de Lyon á Ginebra y de un ramal de Amberieu á Macon por Bourg. Por sus extremidades toca á Lyon, á Macon y á la Saboya. Atraviesa el departamento de Ain siguiendo dos diagonales que absorberán poco á poco el tráfico local y el tránsito del Este al Oeste y del Norte al Sur. El camino tiene 229 kilómetros, de ellos 12 sobre el territorio suizo. Sus prolongaciones han aumentado unos 23 kilómetros su trayecto.

Esta línea es importantísima.

Recibirá todas las expediciones que llegarán á Lyon para la Suiza por la línea del Mediterráneo y del Gran Central; en Macon tendrá las procedencias del Oeste y del nordeste de la Francia, es decir, de Paris, de Nantes y de los puertos de la Mancha; de Lyon á Bourg forma parte de la direccion natural que recorre el tránsito del Ródano al Rhin; con mas una notable porcion del tránsito del Mediterráneo á Mulhouse y de las procedencias de las líneas del Este que desembocan en Dôle; en Ginebra la línea sirve de prolongacion á los caminos que atraviesan la Suiza y se reunen en torno de Basilea y del lago de Constanza con los caminos alemanes; por último, en Culoz se acerca á las líneas piemontesas que unirán á esta via férrea con todas las de Italia.

La construccion de la línea ha costado 112 500,000 francos, ó sean 474,600 francos por kilómetro, comprendido el ramal de Versoix.

Indicado el objeto y las ventajas del camino de Lyon á Ginebra, vamos á recorrer la línea. Como las fiestas de inauguracion de este camino comenzaron en Bourg, vamos a partir de este punto que es cabeza de partido del departamento del Ain. Hémos pues en Bourg en Bresse, ciudad edificada sobre la Ressouse para 11,161 habitantes. Visitaremos de prisa su colegio, sus escuelas normal y comunal, su pirámide en honor de Joubert, su magnífico hospital donde está el sepulcro de su fundadora Margarita de Austria; ahora con visitar la Biblioteca y el Jardín botánico, ya está visto todo lo mas notable. — De la salida de Lyon á Bourg hay 75 kilómetros.

El departamento cuya capital es Bourg, tiene segun el último censo, 370,719 habitantes. El suelo pantanoso al Sur y al Oeste es montañoso al Este, y tiene monte por todas partes. Su riqueza consiste en hierro, asfalto, piedras litográficas, maderas de construccion, vinos y ganados. Manufacturas poco importantes.

Las ciudades principales del Ain, después de su prefectura, son Nantua, Trevoux, Belley y Gex.

A 18 kilómetros de Bourg el pueblecillo de 1,500 almas que llaman Puente de Ain, á causa de su rio que da nombre al departamento, y su antigua fortaleza que perteneció á los duques de Saboya, merecen llamar la atencion. El puente que atraviesa la via ofreció dificultades imprevistas que fueron vencidas en la construccion.

Once kilómetros mas allá Amberieu nos muestra sus manufacturas de paño para el ejército, y sus 2,700 habitantes activos é inteligentes. En este pueblo empalma la via de Lyon. De Amberieu á Seyssel no se hallaron obstáculos mas que en dos puntos; en el subterráneo de Pugieu, situado entre el Rossillon y Vi-

rieux-le-Grand y en la travesía de los llanos pantanosos de la embocadura del Seran. El largo total del tunel de Pugieu es de 472 metros, para cuya abertura se pagaron 920,000 francos.

Después de Amberieu viene Saint-Rambert á 32 kilómetros de Bourg. Este pueblo que cuenta unas 1,400 almas no tiene nada de notable.

Siguen Virieux-le-Grand que hemos citado, y Culoz donde la línea toca á la orilla del Ródano enfrente de Aix-la-Bains. En Aix principia el ferro-carril de Victor Manuel. Aun existe un vacío de 20 kilómetros entre este último pueblo y Culoz; cuando desaparezca, la compañía del ferro-carril de Lyon á Ginebra habrá abierto una nueva é importante comunicacion entre Paris y Turin por el monte Cenís, que se abre en este momento.

Ahora estamos en Seyssel que toca á la frontera á 34 kilómetros de Ginebra; el Ródano aquí se hace navegable hasta el mar para satisfaccion comercial de los 1,300 habitantes. En la seccion de Seyssel á Ginebra están concentradas las obras mas considerables de la línea que seguimos: el subterráneo del Credo de 3,940 metros cuesta 7.450,000 francos; los tuneles consecutivos de Bognes, de Genissiat y del Paraiso de 2,600 metros en cuatro partes, cuestan 2.900,000 francos; el viaducto del Vezeronce, de 38 metros de altura, cuesta 600,000 francos; y el del Valserine de 50 metros de altura, cuesta 500,000 francos. En fin, la zanja de Chataine, cerca de Ginebra, comprende cerca de 340,000 metros cúbicos de tierra sacada á razon de 25,000 metros cúbicos por mes.

Admiremos á toda velocidad el hermoso valle del Valserine que dominamos desde lo alto de su imponente viaducto; admiremos los cielos, las rocas, los pinos y las encinas que se reflejan en las aguas del arroyo que serpentea por su cáuce pedregoso, y entremos en el tunel del Credo.

Tres años y medio de trabajo ha costado su construccion.

A partir del viaducto del Valserine en la direccion del fuerte de la Eclusa, habia que elegir entre dos trazados: el uno, ora al aire libre, ora cubierto, seguia las escarpadas vertientes de la orilla derecha del Ródano; el otro cubierto en toda su extension, pasaba bajo el Credo, último promontorio de la cordillera del Jura. Este último obtuvo la preferencia, á pesar de su ejecucion mas larga y costosa, porque era mas conveniente por varios conceptos.

Echemos una mirada á Bellegarde que ha perdido toda su poesía, desde que el Ródano no se pierde ya entre sus rocas.

Saludemos el fuerte de la Eclusa situado sobre el Ródano á 22 kilómetros de Ginebra. Es la clave de la Francia entre esta ciudad y Seyssel. La fortaleza, cuyas defensas acaban de ser aumentadas, se destaca en blanco sobre el paisaje grandioso é imponente, cuyos contornos mas notables se ven señalados en nuestra tercera lámina.

Por fin tocamos al término de nuestro viaje; Ginebra aparece á lo lejos, y desde la estacion podemos ver el conjunto de su perímetro encajonado por todas partes por las montañas y las aguas.

Digamos algo sobre esta bonita ciudad suiza tan célebre por sus grandes hombres, su industria y su famoso lago.

Ginebra, como todos saben, es una ciudad fortificada, graciosamente construida á la extremidad sudoeste del lago de Ginebra en las orillas del Ródano, rio de 800 kilómetros, navegable de Seyssel á Marsella.

La elevacion de esta ciudad sobre el nivel del mar es de 372 metros; su poblacion pasa de 30,000 almas.

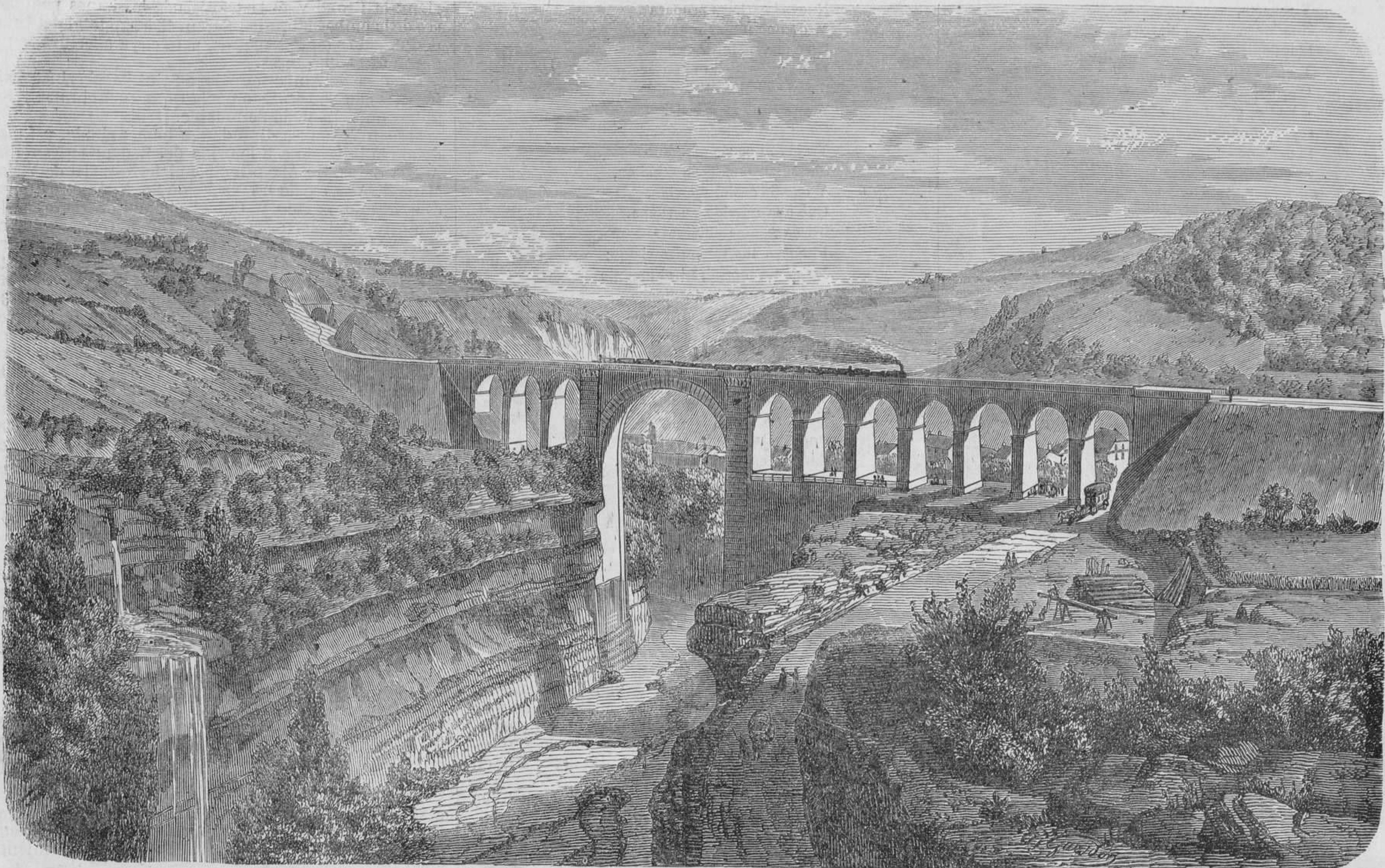
Ginebra, la ciudad mas poblada é industriosa de la Suiza, es residencia de la administracion central del canton; posee una catedral, una universidad académica fundada por Calvino en 1368, con facultades de teología, de derecho, de ciencias y de letras; un colegio con diez y seis profesores y maestros de estudios; una escuela de artes y manufacturas; una biblioteca con 40,000 volúmenes; un jardín botánico; un observatorio; un museo de historia natural; bonitas iglesias consagradas al culto católico romano, al calvinismo y al luteranismo y una sinagoga. Hay tambien corporaciones científicas é instituciones de beneficencia.

La ciudad está separada en dos partes: la mas pequeña en la orilla derecha, se llama el *barrio de San German*, y es el centro del comercio. En medio se encuentra la *Isla*, paseo favorito, adornado con una estatua de J. J. Rousseau; tiene una hermosa vista al lago. La isla comunica con las dos orillas por varios puentes tan cómodos como elegantes. Una máquina hidráulica eleva el agua del Ródano para las fuentes públicas.

Los ginebrinos se ocupan principalmente de la fabricacion de relojes, cajas de música, instrumentos de matemáticas, joyería, cuchillería, armas de fuego, limas, instrumentos de música, paños y chales. Las fábricas de relojes emplean mas de 3,000 obreros, y producen anualmente mas de 100,000 relojes, la mayor parte de oro. Ginebra tiene bonitos muelles sobre el Ródano, un tránsito considerable sobre el lago, y vapores para Villanueva, Coppet, Nyon, Rolles, Ouchy y Vevey.

Pocas ciudades han visto nacer ó han adoptado como Ginebra tantos hombres notables: Calvino, Beze, Cranmer, Lesage, Saussure, de Luc, Lefort, Casaubon, madama de Stael, Bonnet, Huber, Necker, Rousseau, han ilustrado su nombre. John Knox permaneció en ella largo tiempo.

Ginebra, una de las ciudades famosas de los Alobroges en tiempo de César, estuvo sometida á los romanos



FERRO-CARRIL DE LYON A GINEBRA. — PUNTE VIADUCTO DEL VALSERINE Y TUNEL DEL CREDO.



SALIDA HACIA GINEBRA DEL TUNEL DEL CREDO Y FUERTE DE LA ECLUSA.

à Ginebra



VISTA GENERAL DE GINEBRA TOMADA DE LA ESTACION DEL FERRO-CARRIL DE LYON A GINEBRA.

hasta principios del siglo V. Fué la capital del segundo reino de Borgoña hasta 1034, y permaneció bajo la soberanía de los emperadores de Alemania hasta principios del siglo XVI.

Calvino introdujo en ella la reforma en 1635, y desde entonces Ginebra fué considerada como el foco del calvinismo. Tomada por los franceses en 1798, fué hasta 1813 la prefectura del departamento del Lemán que formaba parte del imperio de Napoleón I. En 1814 con un estrecho territorio quedó reunida á la Confederación helvética.

Para volver al asunto principal de este artículo, diremos en conclusión que una vez terminadas las líneas italianas, se irá de París á Turin en treinta y dos horas. De Turin á Milan se va en nueve horas. Además, la administración sarda hará salir de Génova para Liorna y Civita-Vecchia un vapor en correspondencia directa con el servicio de Lyon á Ginebra. A. M.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

Se acerca y con los ojos radiantes marcha en derecha á Lucy.

— ¡Vos aquí! exclamó Antonio tomando la mano de la jóven. ¡Qué felicidad tan inesperada! ¿Quién habria creído hace ocho años que nos halláramos en Nápoles, y en la corte?

— ¡Sí, sí, quién lo habria creído!

Fué todo lo que Lucy pudo responder. Su alma estaba subyugada por el encanto de aquella voz melodiosa que de nuevo resonaba en su oído.

— ¿Cómo estais, y cómo se encuentra mi buen amigo sir John? preguntó Antonio al cabo de una pausa.

— Mi padre cuando yo salí de Inglaterra no pudo acompañarme porque sufría un terrible ataque de gota. Pero pronto vendrá á Nápoles. Me ha dado una carta para vos, creyendo que estabais en Bordighera; la tendreis mañana.

— ¡Gracias! exclamó Antonio; ¡con cuánto gusto estrecharé la mano de sir John!

— ¿Y cómo es que estais en Nápoles? preguntó Lucy. Creía que estabais en Palermo, y herido de gravedad.

— ¿Y quién os ha dicho que yo estaba herido?

— Eleonora, á quien he visto en Génova. ¡Qué feliz es hoy con sus dos hijos á su lado! Me ha enseñado la carta que la habeis escrito. Estaba con mucho cuidado por vos, y yo tambien.

— ¡Vos tambien!... ¡Cuánta bondad!... dijo Antonio; ¿qué he hecho yo para merecer dos amistades semejantes?... ¡Tales afectos son un oasis en el triste desierto de este mundo!

— No quiero que hableis mas del mundo, repuso Lucy con el acento de cuando era niña.

— Está bien, no diré ya nada malo, contestó Antonio.

— Habladme de vuestra herida; ¿está curada?

— Perfectamente; fué un rasguño.

— ¿Y porqué hace tanto tiempo que no habeis escrito á Eleonora? ¿Qué pretexto teneis para poner así en cuidado á vuestros amigos?

— Ocupaciones continuas; sé que hago mal sin embargo; pero os prometo que mañana escribiré á Génova, dijo el doctor.

— No lo olvideis, y la direis muchas cosas de mi parte. Y ahora contadme vuestra historia desde el día de nuestra separación; habladme de la Sicilia, de la revolución, de todo. Ya sabeis que soy muy preguntona, añadió sonriendo.

— Y yo os responderé con tanto gusto como en otro tiempo, dijo el doctor. Lo sabreis todo; pero antes es preciso que me informe acerca de vuestra salud, continuó Antonio que durante esta entrevista habia examinado con cierta inquietud el rostro de su amiga.

Lucy le hizo las confidencias que deseaba, y él la escuchó con el mismo interés y la misma atención que en los tiempos pasados.

— Lo arreglaremos todo con la ayuda de Dios, repuso Antonio cuando hubo concluido Lucy. El aire puro, la tranquilidad, un régimen constante y una obediencia conveniente á las instrucciones de vuestro médico, añadió Antonio sonriendo (y los ojos de Lucy le aseguraron que sobre este punto nada tendria que desear), y sanareis rápidamente como la otra vez en Bordighera.

Ahora le tocaba hablar al doctor, y lo hizo de una manera sucinta. Nosotros seguiremos este buen ejemplo; únicamente tomaremos las cosas un poco mas arriba, y señalaremos uno ó dos puntos que el doctor pasó en silencio, limitándonos á lo que es puramente indispensable para nuestra historia.

Al salir de su sueño de una hora en Bordighera, Antonio, como hemos dicho ya, habia jurado no amar mas que á su patria y consagraria á ella sola toda la energía de su alma, todos los recursos de su entendimiento.

Cuando decimos su patria, queremos decir la Italia, pues el patriotismo de Antonio no se hallaba limitado á la isla en donde habia nacido, sino que se extendia á toda la patria italiana.

La fortuna que nuestro doctor habia heredado de su madre le daba una modesta independencia, y por consiguiente los medios de proseguir de un modo mas continuo y mas activo el resultado que se habia propuesto.

Antonio pasó una gran parte de su tiempo en Turin, de 1843 á 1847; allí con los cuidados gratuitos á los po-

bres, obtuvo la merecida reputación de médico caritativo y hábil, en tanto que varios folletos que publicó sobre cuestiones de su arte, revelaron en él un escritor profundo y elegante.

Por esa época, esto es, en la primavera de 1847, las cosas de Sicilia comenzaron á tomar un aspecto serio.

El gobierno napolitano, como hemos indicado ya, lejos de dar ninguna satisfacción al sentimiento popular desarrollado en alto grado por las reformas acordadas en Turin, en Florencia y en Roma, le resistia y le combatia abiertamente.

Una insurrección era inminente en Palermo, decian las cartas particulares. Antonio con un corto número de amigos se embarcó para Malta, y de Malta á principios de enero de 1848 pasaron á Palermo, donde estuvieron ocultos hasta el 12 de febrero, día en que aparecieron en la plaza de Fiera-Vecchia con una bandera tricolor en la mano.

El alzamiento tomó cuerpo.

La lucha fué larga y obstinada. Duró desde el 12 hasta el 29 de enero; pero á pesar de un refuerzo de tropas frescas que la flota napolitana desembarcó el 15, y del vivo bombardeo que hizo sobre la ciudad la fortaleza de Castellamare, el choque popular fué irresistible.

Las posiciones fueron tomadas una tras otra como por encanto; el palacio real fortificado recibió un ataque tan vigoroso (aquí salió herido Antonio), que su guarnición le abandonó el 25; y las tropas acometidas por todas partes hubieron de abandonar la ciudad, y fueron perseguidas victoriosamente.

El movimiento se propagó en breve por toda la isla. Girgenti, Catana, Messina, Caltanissetta, Trapani y Siracusa siguieron el ejemplo dado por Palermo. Ciertas guarniciones rindieron las armas, algunas fueron completamente derrotadas, y otras se retiraron á los fuertes, como lo hizo la de Messina, que de la ciudadela en donde estaba atrincherada continuó su fuego contra la ciudad.

La última población importante que se adhirió al movimiento fué Noto. Su adhesión tuvo lugar el 4 de febrero, y el mismo día la bandera tricolor ondeaba en las murallas de la fortaleza de Castellamare.

Entonces fué cuando el comité general de Palermo se hizo cargo del poder bajo el título de gobierno provisional de Sicilia, con el venerable Ruggero Settimo por presidente.

Durante este tiempo un nuevo orden de cosas se habia inaugurado en Nápoles, como hemos dicho ya, y esto dió la esperanza de un pronto arreglo entre las dos partes.

De hecho las negociaciones se entablaron muy luego bajo los auspicios de lord Minto entre el gobierno napolitano y el de Sicilia; pero como el gobierno napolitano deseoso ante todo de ganar tiempo, parecia no tener prisa para establecer un acuerdo amistoso, los miembros del comité general de Palermo, cansados de esperar sin fruto alguno, acabaron por publicar una declaración en la que decian que el comité cesaria toda especie de negociaciones de paz si no se obtenia como precisa condición que daria guarnición á la isla un ejército siciliano.

Al mismo tiempo se convocaron los colegios electorales para el 15 de marzo, y la apertura del parlamento se fijó para el 25.

Por su parte el ministerio napolitano, desesperando de vencer las dificultades de la situación, dió su dimisión y fué reemplazado por el del 6 de marzo.

La llegada al poder de hombres como Carlo Poerio, Saliceti y Savarese prometia una solución definitiva á la escabrosa cuestión siciliana.

El 7 de marzo se reunió el consejo al que asistían el rey y lord Minto, y tomó ciertas medidas que se creyó darian satisfacción á los sicilianos.

La convocatoria del parlamento fijada ya por el comité de Palermo, fué legalizada por real decreto; el gobierno napolitano acordaba á la Sicilia su parlamento separado y sus ministros particulares, excepto el de Negocios extranjeros; y el hombre mas popular del día, Ruggero Settimo, era nombrado gobernador general de la isla en nombre de Fernando II.

Crearon un ministerio especial para la Sicilia, cuyo titular debía residir en Nápoles y ser un medio de comunicación entre el gobierno de la isla y el rey; cargo para el que se nombró al comendador siciliano Scovazzo.

Pero descuidaron completamente el punto mas delicado, que era el que consistia en decidir que ningún ejército que no fuera siciliano, podria ocupar la Sicilia sin el consentimiento del gobierno de este país.

Este silencio sobre el gran punto en litigio fué considerado por la mayoría de los sicilianos como un presagio siniestro, y destruyó los buenos efectos de las concesiones señaladas.

Tal era la desconfianza general contra el gobierno napolitano, que la única probabilidad que quedaba de calmar los ánimos era alejar un ejército que hacia treinta y tres años subyugaba á la Sicilia, y contra el cual Messina combatia aun.

El pueblo se pronunció tan enérgicamente contra las condiciones del 7 de marzo, que el comité general las declaró inaceptables, por la razón de que eran contrarias á la constitución de 1812.

Lord Minto insistió entonces para que presentara sus proposiciones el comité, lo que este hizo; pero el gobierno de Nápoles pretextó la imposibilidad de discutir las condiciones propuestas sin el concurso del parlamento napolitano que no se habia reunido todavía.

La víspera de la reunion de la legislatura siciliana, llegó una protesta del rey acusando á los sicilianos de « poner en peligro la resurrección de la Italia y de comprometer la independencia y los gloriosos destinos de la patria comun. » Esta protesta declaraba de antemano nulos y sin efecto todos los actos que pudieran tener lugar en Sicilia.

Por consiguiente los dos países tenian que apelar á la fortuna de las armas.

La cruel perspectiva de una guerra fratricida llenó de horror y de espanto á mas de un noble corazón en ambos lados del estrecho.

— ¡Cómo! exclamaba nuestro amigo el doctor; ¿con que es posible haya aquí dos Estados italianos que se preparen á dirigir todos sus esfuerzos, no contra el enemigo comun, sino el uno contra el otro?

Y Antonio al pronunciar estas palabras se pegaba en la frente.

¿No habia un medio de evitar esta calamidad, la mas terrible de todas? Quizá le habia. Si se podia decidir al gobierno napolitano á que consintiera en que no hubiera en Sicilia tropas que no fueran sicilianas, sin duda se restableceria la paz entre los dos países.

Tal era al menos la firme confianza de Antonio y de varios de sus amigos del partido moderado, que resolvieron intentar un postrer esfuerzo para alcanzar el resultado apetecido.

Antonio redactó una memoria en la que exponia con mucha lógica las razones que debian persuadir al gobierno napolitano á ceder sobre la cuestión relativa al ejército, extendiéndose largamente acerca de los felices resultados que produciria la buena inteligencia entre Nápoles y la Sicilia.

Leyó esta memoria á sus amigos, y con su entera aprobación la mandó á Nápoles.

El documento fué presentado á uno de los ministros amigo de Antonio, quien escribió á este diciéndole que pasara á Nápoles sin tardanza para hablar al rey, que en la actualidad, decia el ministro, se hallaba bien dispuesto.

Antonio, sin perder un día, se fué á Nápoles. Sabia muy bien á todo lo que se exponia dando este paso; no ignoraba que censuraria sus intenciones el espíritu de partido, pero poco le importaba. En tanto que tuviera esperanzas de hacer bien á su país, no era hombre para detenerse por consideraciones personales.

Fué pues á Nápoles, habló con S. M. y abogó ardientemente en favor de la causa que defendia: mas adelante veremos cuáles fueron los resultados.

XXIII.

EL 15 DE MAYO DE 1848.

Al otro día, á la hora en que acostumbraba á visitar á Lucy en la posada, el doctor Antonio se presentó en el aposento de la vizcondesa. No olvidemos decir que entonces lo sabia todo sobre el matrimonio y la viudez de Lucy, gracias á la carta de sir John, que lady Cleverton, fiel á su promesa, le habia enviado muy temprano.

Saludó á su hermosa amiga mas afable que nunca, y con su franqueza acrisolada la dijo:

— Estas habitaciones son magníficas, pero no os convienen. Necesitais un aire mas puro y mejores vistas. Hay en Santa Lucía, no lejos de aquí, una casa á propósito; el barrio no es tan hermoso, pero es mas tranquilo, lo que no es poca ventaja. Conozco al amo de la fonda.

Lucy convino al punto en la mudanza.

— Venid y juzgareis por vuestros propios ojos. Añadió el doctor y salieron juntos.

La vizcondesa celebró mucho la situación; se veia la bahía y tambien el Vesubio, desde un ancho balcon de mármol que habia en la sala.

— Nos figuraremos que estamos aun en Bordighera, dijo sonrojándose de placer y mirando á Antonio.

— Sí, por cierto, respondió el doctor. Mientras los criados proceden á la mudanza, podriamos recoger una provision de plantas y de flores para improvisar aquí un jardinillo.

Y cuando hubieron llenado el coche de rosales, magnolias, naranjos enanos, hasta el punto que no sabian donde poner los pies, Lucy se echó á reir del apuro en que se hallaban, como no se habia reido hacia muchos años.

Antonio, siempre cuidadoso y atento, la propuso ir á comprar papel, lapiceros y colores.

Hechas estas compras, se trató de un piano.

— Sí, respondió Lucy, quiero que me enseñeis aires sicilianos.

Mucho tenia que hacer el activo doctor. Tenia que disponer las plantas y las flores en el balcon, tenia que elegir los puestos mas á propósito para pintar, para tocar el piano, etc.; y todo esto con la calma, el método y el gusto que desplegó en otro tiempo en la posada.

Lucy se sentó al piano, y en tanto que seguia con los ojos todos los movimientos de Antonio y sus dedos recorrian el teclado, ¡cómo la representaba su memoria con todos sus detalles aquella escena de la posada, cuando con horror de sir John, Antonio ponía las cortinas y pegaba papel en las rendijas de la puerta!

¡Cuánta gratitud rebosaba su corazón!

Han vuelto los días de Bordighera. Las mismas flores, el mismo cielo, la misma naturaleza, hasta los suaves perfumes del aire, todo lo que habia admirado, todo lo de entonces lo encontraba ahora. Y lo que valia mas

aun, lo que era mas grato á su corazon, era aquel antiguo método de ocupaciones y de descanso, con aquellas conversaciones tan dulces y aquellas noches serenas al balcón; y en medio de todo los mismos cuidados por parte del doctor Antonio, prueba segura de que el doctor, lo mismo que ella, se acordaba muy bien de lo pasado.

Parecía que el brillo y la amable alegría de la juventud volvían á florecer en ella. La felicidad era un médico superior al mismo doctor Antonio. Los sucesos de los ocho últimos años se borraban de la mente de Lucy como si jamás hubieran existido. Casi habría pedido figurarse que se había dormido aquel día terrible en que salió de Bordighera, y que se despertaba en Nápoles despues de un largo y penoso sueño, sin haber encontrado ningun cambio en su derredor.

Antonio no prescribió nada á su enferma, pero la dió un método de vida hora por hora, tanto para pasearse á pié, como para ir en coche, leer, dibujar, etc. La advirtió sin embargo que huyera del ruido de los teatros y aun de la corte.

A pesar de estas restricciones, á Lucy no se le hacia largo el tiempo; nunca se quejaba de la monotonía de la vida; por el contrario, decía á su padre en todas sus cartas que era muy feliz, que se hallaba bien instalada, que el doctor Antonio era el hombre mas excelente y el médico mejor que había en el mundo, y que sir John no se atormentara si no podía venir tan pronto como los dos lo deseaban.

Antonio, segun su antigua é invariable costumbre, visitaba á Lucy dos veces por dia, una por la mañana, visita de médico, como decía riendo, y otra por la tarde, visita de amigo.

Sus pensamientos no parecían tener mas objeto que Lucy. Incesante era su celo para procurarla bienestar ó distracciones.

La llevaba vistas, grabados, sus propios apuntes de las cercanías que debían visitar juntos algun dia, libros nuevos italianos ó ingleses, las novelas mas en boga y los folletos sobre los hechos mas interesantes del dia.

Por entonces no faltaban asuntos para excitar la curiosidad y para fijar la atencion de una persona que se interesaba tanto por la Italia como Lucy.

La última insurreccion de Milan y de Venecia, la entrada del ejército piemontés en Lombardia, las probabilidades de guerra, la situacion interior del pais y de los diferentes partidos, Pio IX, Carlos Alberto y los demás personajes importantes del dia, suministraban materia á las finas observaciones y al talento narrativo de Antonio.

Lucy había aprendido hacia tiempo á apreciar la igualdad de su carácter, sus sentimientos generosos y aquella feliz combinacion de razon, de sensibilidad y de alegría que hacia su conversacion tan original y llena de atractivos su compañía; pero ahora la descubria todos los tesoros de su corazon, iniciándola en todos los misterios de su alma ardiente y haciéndola depositaria de sus esperanzas, de sus temores y de sus desengaños.

La contaba que en el momento en que había creído destruir todos los obstáculos que le impedían llegar al objeto que se había dado por misión, había estallado un disentiimiento en el gabinete, que la persona con quien contaba había hecho dimision, y que el punto que creía ganado tenía que conquistarse de nuevo. Desalentado, pero perseverante siempre, había aumentado sus esfuerzos, cuando había llegado la noticia de que el parlamento siciliano había excluido del trono al rey y á toda su raza. Antonio se habría vuelto á su pais, para ser partícipe de sus destinos, si el rey no le hubiese suplicado que se quedara, pues S. M. á despecho de lo que sucedía profesaba las intenciones mas liberales y mas conciliadoras respecto á los sicilianos. Algun dia les enviaría proposiciones que les dejarían sorprendidos, y Antonio sería el portador. Pero ese dia no llegaba.

— Mucho me engaño, añadió, si esto no acaba mal. Lucy no quería oír tales predicciones y cerraba la boca al doctor poniéndole la mano sobre los labios.

No quería que perdiera sus esperanzas. Antonio se quejaba tambien de su partido; y solía comparar á los liberales de Nápoles con el perro de la fábula, que pierde la presa corriendo tras de la sombra.

— Por ejemplo, decía, la constitucion no funciona aun, y ya piden reformas; el parlamento no ha dado todavía señales de vida, y ya claman contra la cámara de los pares. Se dirigen al rey para que envíe á la Lombardia un ejército que obre de acuerdo con los piemonteses, y ya dicen en un periódico que en el fondo de su corazon es austriaco. ¿Echándole en cara que es austriaco, harais de él un patriota italiano?

El objeto hacia el cual dirigía todos sus esfuerzos el nuevo gabinete, era el de hacer tomar á Fernando una parte activa en la guerra de la independencia; y con la esperanza de contribuir á este resultado permanecía el doctor en Nápoles.

Además del progreso que esta determinacion haría hacer á la causa de la independencia italiana, tendría la ventaja de imposibilitar por el momento las hostilidades entre Nápoles y la Sicilia.

El tiempo, ese gran pacificador, curaría muchas heridas, calmaría muchas exaltaciones y procuraría alguna transaccion honrosa.

Sin embargo, la opinion pública se hallaba tan pronunciada acerca de esto en la capital que el rey, instado por sus ministros, se sometió á esta medida. Un cuerpo de tropas de catorce mil hombres fué dirigido sobre el teatro de la guerra, y una parte de la flota en-

viada al Adriático para obrar de concierto con las fuerzas navales de la Cerdeña y de Venecia.

Despues de esto nada podía ya retener á Antonio en Nápoles, nada, si no es el dulce encanto bajo el cual se hallaba; á menos que no añadamos: — ¡el destino!

El parlamento napolitano se iba á reunir; ¿no podía quedarse Antonio para la apertura á fin de juzgar por sí de cuál era su espíritu?

Antonio se quedó en Nápoles.

La sesion de apertura debía celebrarse el 15 de mayo, con arreglo á un programa publicado por el ministerio. En el programa se decía que los diputados debían jurar fidelidad al rey y á la constitucion; pero no se mencionaba una cláusula del manifiesto del 3 de abril, por la cual se confería á la cámara electoral el derecho de modificar y de extender la constitucion.

La omision pareció llena de peligros á un crecido número de diputados que se reunieron para tratar de este asunto; lo que era por su parte una ilegalidad, porque la cámara no se hallaba constituida todavía.

Sea como quiera, los diputados se reunieron; se rechazó el juramento de que hablaba el programa oficial, y se entablaron negociaciones con el ministerio, á fin de hallar una fórmula que pudiera satisfacer á los dos partidos.

Esto pasaba el 14 de mayo. La noticia de este conflicto se esparció por la ciudad causando la agitacion mas viva. El pueblo se alarmó y hubo que deplorar algunas tentativas de rebelion abierta. Estos síntomas de mal agüero hicieron comprender á los dos partidos la urgencia de una conciliacion, y al cabo de muchos esfuerzos se convino en que el parlamento se abría sin prestar juramento.

En la mañana del otro dia, Antonio se presentó muy abatido en casa de Lucy, quien le había suplicado le diese cuenta muy temprano del estado de los negocios. No sabía la feliz solucion de las dificultades ocurrida durante la noche. Las calles por donde tenía que pasar el doctor estaban llenas de grupos, síntomas infalibles de revueltas.

A pesar de los tristes presentimientos que oprimían su corazon, Antonio se llegó á Lucy con semblante risueño, y en respuesta á sus inquietudes la aseguró que toda causa de alarma había desaparecido, y que las cosas se hallaban en el mejor estado.

— Y ahora, dijo Antonio sonriendo, dejemos un poco la política, hablemos de los tiempos pasados, de nuestro apacible Bordighera. Quisiera estar allí; ¿cuán feliz me hallaba!

— Y yo tambien, respondió Lucy sonrojándose. Tengo que decirlo, añadió al cabo de una pausa, que no he renunciado á la idea de mandar construir una casita en aquellos lugares, para vivir allí tranquila. La mujer puede realizar hoy el capricho de la jóven. ¿Qué os parece?

— Es una idea excelente, repuso Antonio; ¿pero estais bien segura de que no acabarais por aburrirlos en el retiro, que no echariais de menos vuestros amigos, las ventajas de vuestra posicion en Lóndres, la corte?...

— Nada echaria de menos, estando en compañía de mi padre.

Antonio se calló; luego se levantó de repente y dió algunos pasos por el cuarto.

— Despues hablaremos de eso, exclamó el doctor volviéndose á sentar al lado de Lucy. ¿Os acordais hace ocho años de tal dia como hoy?

— Lo mismo que si fuera ayer. Podría dibujaros aun el momento en que me dijisteis que tratara de andar... El sonido de vuestra voz en aquel momento aun resuena en mi oido.

— ¡Mi noble amiga! dijo Antonio; nunca la menor señal de interés pasó desapercibida. Os confieso que tenía mucho miedo en aquel instante; así estuvo en proporción mi alegría.

— Sí, temiais que me quedara coja, y os alegrásteis al ver que no...

Antonio la miró con sorpresa.

— Negadlo, si os atreveis, añadió Lucy con la risa en los labios.

— No lo niego; al contrario, hago justicia á vuestra penetracion.

— Las señoritas, continuó Lucy con tono malicioso, no son siempre tan ciegas ni tan necias como parecen. Nunca me engañásteis como á sir John diciendo que no era mas que una torcedura; yo supe desde el primer instante que tenía la pierna rota.

Antonio abrió sus ojos cuán grandes eran.

— ¡Qué disimulada sois! exclamó al fin; ¡sabiais que teniais la pierna rota y no me dijisteis nada!...

— No, repuso Lucy, quise dejaros todas las ventajas de vuestra generosa mentira. Os permití engañarme. Antonio no respondió; pero tomando la manita blanca que colgaba del brazo del sillón en donde Lucy estaba sentada, la llevó lenta y solemnemente á sus labios.

En aquel instante el ruido seco de una descarga de fusilería hizo temblar los cristales de la casa.

— ¿Qué puede ser eso? exclamó Lucy sobrecojida de un espanto mortal.

— Nada grave, contestó Antonio haciendo un energético esfuerzo para aparentar sangre fría. Sin duda es un poco de pólvora que gasta el gobierno para saludar la apertura del parlamento. Y ahora pienso que debo marcharme.

Al tomar el sombrero se oyó otra descarga seguida casi inmediatamente de un fuego graneado muy vivo.

— ¡Se están batiendo! exclamó Lucy en el colmo del terror; no salgais, por Dios; ¿para qué? ¿qué puede hacer un hombre solo?

— Darse testimonio á sí mismo de que ha hecho todo lo posible para evitar la guerra, respondió Antonio con aire resuelto; dejadme salir, os lo suplico.

— ¡No saldreis! exclamó Lucy casi loca de espanto y colocándose entre Antonio y la puerta.

El doctor la miró fijamente.

— ¡Debo salir! exclamó.

Y esto fué como si hubiese hablado el destino.

Lucy se sintió de repente incapaz de luchar contra aquella voluntad de hierro. Cruzó las manos, clavó sus hermosos ojos en el doctor y dijo:

— ¡Oh, Antonio!...

En esta simple invocacion había un mundo de cosas. El italiano la estrechó fuertemente sobre su corazon.

— Lucy, dijo solemnemente, no es ocasion ahora de gastar palabras. (El fuego continuaba oyéndose mientras hablaba.) Lucy, os amo, os amo tiernamente desde hace ocho años, y os amaré hasta el último instante de mi vida. Pero mi pais tiene sobre vos derechos anteriores; derechos que juré respetar en aquel dia en que las preocupaciones, con un árbol genealógico en la mano, se colocaron entre nosotros dos. Aquel dia me consagré de nuevo y enteramente á mi pais. Dejadme que cumpla mi juramento; dejadme que cumpla con mi deber... ayudadme á cumplirle... ¡Lucy! mi amada Lucy, ayudadme á ser digno de vos y de mí mismo... ¡En nombre de todo lo mas sagrado, dejadme salir sin dar lugar á una lucha dolorosa!...

El heroísmo que dictaba á Antonio esta inmolation de sí mismo en el momento mas dulce de su vida, resplandecía sobre su rostro y hacia temblar su voz.

A los ojos de Lucy apareció trasfigurado en un ser sobrenatural. La naturaleza mas débil de la jóven se elevó en aquel momento supremo á una altura en la cual son posibles todos los sacrificios.

— ¡Noble corazon! dijo con una explosion de entusiasmo; marchad, Dios os proteja. Quiero tratar de ser digna de vos.

Y al decir estas palabras cesó de detenerle.

— ¡Dios os bendiga por esas palabras! exclamó Antonio fuera de sí, estrechando las manos de Lucy sobre su corazon. ¡Dios os bendiga! Vuestro amor será mi escudo.

Y hablando así la llevó á un sofá y la dijo al oido:

— Pronto me volvereis á ver ó recibireis noticias mias.

Se detuvo un segundo á contemplar á la pobre criatura extendida delante de él casi inanimada, enjugó una lágrima y salió sin articular una palabra mas.

En la antesala encontró á miss Hutschin en su puesto acostumbrado. La pidió tinta y papel y escribió algunas líneas que la entregó diciéndola:

— Id con vuestra señora que no se encuentra bien; si se empeora, llamareis al médico cuyo nombre y señas están en ese papel.

— ¿Os vais de Nápoles? preguntó Hutschin comprendiendo al punto la causa del malestar de su señora.

— No me marchó, pero quizá no podré venir en algun tiempo. Id á ver á lady Cleverton. Adios, Hutschin.

Y Antonio tendió la mano á la fiel sirvienta.

Hutschin muy apesadumbrada se levantó á cumplir con las órdenes del doctor.

Entonces Antonio sentándose á la mesita de labor, escribió de prisa una carta, la cerró, puso el nombre de la persona á quien la dirigía, y sin echar una ojeada á la puerta cerrada se puso su sombrero y salió.

Durante este tiempo miles de hombres corrian como locos por las calles, destacamentos de soldados se cruzaban en todas las direcciones, la ciudad se cubria de barricadas como por encanto, y ya se batian en muchas de ellas; en una palabra, la guerra civil con todos sus horrores se había declarado en la hermosa ciudad de Nápoles.

¿Qué mano sacrilega había encendido la antorcha de la discordia? ¿Quién había disparado el primer tiro? Nadie lo sabía entonces, y aun en el dia es un secreto.

Al salir á la calle Antonio vió á un sacerdote que pasaba apresuradamente.

— ¿Qué hay? le preguntó.

— El rey está preso, el heredero presuntivo encerrado en un convento, y la Cámara de diputados se ha declarado en permanencia.

Poco despues un jóven se atravesó en la direccion que llevaba Antonio, corriendo y gesticulando como un loco.

El doctor le detuvo tambien y le hizo la misma pregunta.

— Todos los diputados reunidos han sido asesinados, los que iban á la Cámara son perseguidos como fieras, la ley marcial está proclamada. ¡Oh! ¡si pudiera yo hallar un fusil!

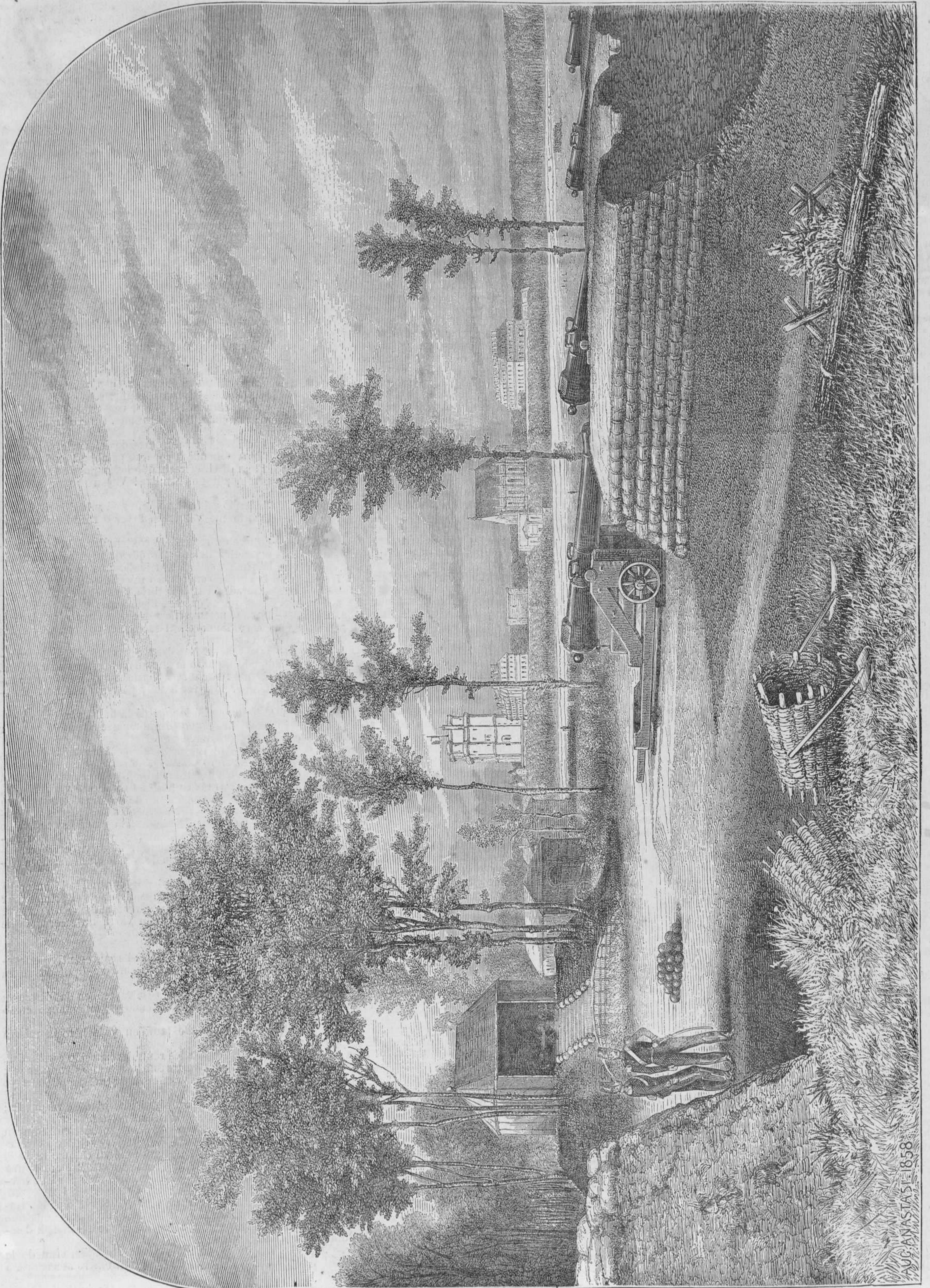
Nuestro doctor no creyó ni una ni otra respuesta; pero de ambas sacó las consecuencias mas tristes.

Atravesó la Piazza Reale, donde encontró una fuerza imponente de infantería, caballería y artillería formada delante del palacio, y prosiguió su camino hacia el punto de donde salían los tiros; no obstante, al entrar en la calle de Toledo se quedó detenido por una barricada que estaban levantando.

No se paró á preguntar, sino que se abrió paso á través de los obstáculos, y corrió á otra barricada que había distinguido de lejos, en donde resonaban detonaciones continuas.

La mayor parte de los que la defendían eran de la alta clase, jóvenes casi todos; su número ascendería á cuarenta.

(Se continuará.)



VISTA DE VINCENNES.

AUG. ANASTASI 1858



RESTAURACION DE LA ENTRADA DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL EN LA CALLE NEUVE-DES-PETITS-CHAMPS, A LA ESQUINA DE LA CALLE VIVIERE.

DELANNON del.

HILDEBRAND SC

La Biblioteca imperial de París.

En nuestro número 188 (tomo VIII) hemos publicado con una vista de la nueva fachada de la Biblioteca imperial de París una noticia histórica sobre este establecimiento, que fué en su origen el palacio de Mazarino, y que después pasó por muchas vicisitudes: Law, la compañía de las Indias, el Banco y el Tesoro se apoderaron de las construcciones sucesivamente. No repetiremos hoy aquí los pormenores históricos sobre este monumento, que conocen ya nuestros lectores por el artículo á que nos referimos, y nos limitaremos á indicar en breves palabras las obras de restauración ejecutadas en los edificios que componen la Biblioteca y las que se llevan á cabo actualmente.

Hasta el año de 1822 la Biblioteca no tomó posesión de todas las partes de las construcciones que comprendían antiguamente el palacio Mazarino y el de Nevers. Una vez establecida en los terrenos de la calle Vivienne y la calle Richelieu, se creyó que la Biblioteca estaría al abrigo de todos los proyectos de mudanza que hasta entonces la habían amenazado; pero no fué así; en breve estas cuestiones momentáneamente abandonadas surgieron de nuevo con mas ardor: los folletos, los planes de los particulares, las comisiones oficiales la atacaron durante mas de treinta años, y ella se defendió lo mejor que pudo. Muchos proyectos demostraron las ventajas que se seguirían de trasladar la Biblioteca al Temple, á la isla Louviers, á los Campos Eliseos ó á San Sulpicio.

Pero ¿qué se podía hacer de ese vasto monumento cuyo aspecto sombrío afeaba uno de los barrios mas lujosos de la capital? Se podía desmenuzarse de las pesadas construcciones que deshonraban al palacio Mazarino, y esta es la obra que se ha emprendido: cayeron las casuchas de la calle Vivienne, y quedó á la vista la magnífica galería Mazarino ante la cual aparece hoy un jardín elegante con una fuente en medio. (Véase nuestro dibujo del número 188.) Después desapareció aquella pesada puerta del antiguo Tesoro bajo la cual se elevaban algunos estamperos. El palacio del presidente Tubeuf adornado con las estrellas de Mazarino se mostró de repente á través de las barras de su verja dorada, y el público sorprendido ve renacer como por encanto uno de los mas bellos monumentos de la arquitectura de Luis XIII, cuya existencia estaba muy lejos de suponer detrás de las altas paredes que le ocultaban (véase nuestro grabado de la página precedente).

Un hombre hábil, M. Labrousse, continúa su obra de restauración tan felizmente comenzada. Ya están demolidos en la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs y de la calle Richelieu los edificios que servían de habitación á los conservadores; poco á poco se elevan las construcciones que han de levantarse en estos terrenos, y muy luego la Biblioteca imperial figurará entre los monumentos mas notables del nuevo París.

X.

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS,

LEYENDA HISTÓRICA DEL SIGLO XII

POR DON JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Continuación.)

Anduvo toda la calle de Don Briz arriba.

Cruzó el arco de la plaza, y paró por fin en la puerta de la torre de los Albazares, por donde habían salido hacia pocos momentos Abenjerard y el judío.

El rey sacudió con violencia la aldaba de hierro.

El ruido resonó como un trueno en el interior del silencioso edificio.

Don Teobaldo absorto ignoraba los designios del rey, en cuyo semblante se pintaba la cólera y la inquietud...

Faltaban dos horas para amanecer: el viento soplaba con furor; las plumas de la gorra del rey levantándose á las ondulaciones del aire lo hacían aparecer gigantesco.

— ¿Quién llama? preguntó una voz ronca, asomando los ojos por la rejilla de hierro del cancel.

— El rey.

— ¡El rey!... exclamó la voz asustada...

— Abre, dijo Don Sancho bruscamente, si no quieres que mañana te mande cortar la cabeza.

Y la puerta se abrió de par en par mientras que los árabes que guardaban la torre repetían por los corredores y las grandes salas:

— ¡El rey! ¡el rey!

Abenjerard, que estaba sentado en su alcatifa orando delante de la cama de la moribunda Zaida, levantó la cabeza, y alarmado á los gritos de « ¡el rey! ¡el rey! » se preparaba á salir para ver de dónde provenía aquella singular agitación, cuando entró Don Sancho acompañado de don Teobaldo.

— Señor, dijo Abenjerard sorprendido: ¿tú en la torre de los Albazares á media noche!... ¿qué quieres de mí, Señor?

El rey había llegado hasta el lecho de Zaida, y sentándose en una otomana, fijó los ojos coléricos en Abenjerard, diciéndole con voz iracunda:

— Moro, tu raza maldita no agradece mis beneficios.

« Tú quieres vender mi tierra al castellano, para levantar en ella el trono de los Zimaes.

» Tu torre hace tres años está malignamente cerrada para todo el universo.

» Vives lejos del mundo maquinando tu crimen.

» Para tí, no reina Don Sancho VIII.

» Mis alfaques te vigilan á todas horas...

» Esta noche cuando he mandado á buscarte, bajabas con Benjamin por la calle de los Guerreros.

» ¿A qué has salido de este recinto la víspera de la partida de mis embajadores para Tarifa?

» ¡Qué pérfida trama concibes! ¡qué designio traidor alimentas! »

— Señor, dijo Abenjerard doblando la rodilla, te soy leal... te lo juro por Alá.

» Hace tres años que he cerrado las puertas de la torre, pero mira la llaga que devora mi existencia; mira, dijo señalando con la mano temblorosa y los ojos arrasados en lágrimas el lecho donde Zaida moribunda hacia esfuerzos para incorporarse.»

El rey, cuya penetración adivinaba los secretos mas recónditos del alma, fijó su mirada de águila en la frente del moro.

— Don Teobaldo, acerca la luz á ese lecho, dijo mas sosegado.

El caballero cogió la lámpara que ardía en un extremo de la sala y se acercó al lecho.

El rey llegó hasta la cabecera de Zaida.

Al mirar á aquella infeliz desaparecieron las sospechas de su corazón y tendió la mano á Abenjerard, que la estrechó doblando la rodilla.

— Levántate, le dijo el rey, mirando con ternura á la pobre mora.

Apenas podía aquella triste mujer levantar su hermosísima cabeza; sus ojos tenían perdido el brillo: herida por la flecha de la muerte, iba á apagarse para siempre la luz de su vida.

El rey estaba conmovido.

— ¿Qué tienes?... le preguntó cariñoso.

— ¡La muerte! contestó con frialdad la mora.

En el ínterin, don Teobaldo trémulo, frío como el hielo, al lado del lecho, sostenía con temblorosa mano la lámpara.

Abenjerard fijaba sus miradas en los ojos compasivos del rey.

Zaida, postrada por la enfermedad parecía ajena á cuanto la rodeaba, como espíritu que en la fatiga de la lucha se despedía presuroso del mundo.

Un suspiro salido como una exhalación del alma de don Teobaldo estremeció las entrañas de Zaida tocadas por la muerte.

— ¡Alá me valga! dijo como quien despierta de un sueño, fijando en la frente de don Teobaldo sus ojos espantados, donde el último resto de la vida asomaba, llena de miedo y de esa vergüenza sublime, que es la santísima virtud, que da valor al sufrimiento y dispone á la criatura para el martirio eterno con admirable serenidad.

— La Santa Virgen te salvará, aunque Alá no te valga, le dijo el rey, muy interesado en la vida de Zaida.

Que llamen á mi médico Benjamin.

Abenjerard fué á hacer cumplir los deseos del rey.

Mientras tanto, don Teobaldo con un movimiento mas rápido que el viento, clavando sus ojos sobre los ojos moribundos de Zaida, con una de esas miradas irresistibles y grandes, que hielan como la nieve y abrasan como el fuego, dejó caer en sus manos el anillo del rey, diciéndole tembloroso con la boca y con sus lágrimas:

— ¡Te amo, alma del alma mía! ¡vive, Zaida de mi corazón! ¡vive por tu Dios y por el mio!...

Ni el rey ni Abenjerard mientras daban las órdenes para la venida de Benjamin pudieron oír aquellas palabras, rápidas como el pensamiento, y que iban á caer como fuego en el alma de aquella mujer infeliz.

Zaida las oyó inmóvil... esclava de los ojos de don Teobaldo que la abrasaban inundados de ternura, dominado ya su espíritu abatido, débil y sin fuerzas para defenderse de la lucha terrible, por el imperio del alma enamorada del caballero.

— ¡Escrito está! dijo la mora sonriendo con esa amargura venenosa de la desesperación, bajando la cabeza, y como quien se resuelve á un imposible, escondiendo en su mano derecha el anillo que don Teobaldo había dejado caer entre los pliegues del cachemir del lecho.

— Abenjerard, dijo el rey rompiendo el silencio en que estaban abstraídos. He dudado de tu lealtad; te he hecho una gran injuria; rey cristiano, debo ser tan justo como severo.

— Señor, contestó el moro interrumpiéndole: esta noche, después de tres años de vivir alejado del mundo, había salido de la torre á consolar mis penas, depositándolas en el alma de mi amigo Benjamin, cuando llegó don Teobaldo.

Tú eres el buen rey de Tudela; haces justicia cumplida á la raza mora; sostienes sagradamente el tratado de paz que nos hicieron tus mayores; por tí vivimos dichosos y poseemos nuestras tierras y en la mezquita adoramos al Dios de nuestros abuelos, y por eso mi persona y mi tesoro que es muy grande, dijo dando con la mano á un resorte imperceptible, están á tu disposición.

Entonces á los ojos del rey se abrió una puerta guarnecida de fuertes planchas de hierro, y detrás de ella apareció una riqueza inmensa de barras de metales, de vasos magníficos de oro y de plata, llenos de piedras preciosas y de perlas y ópalos orientales.

Tamaño grandeza dejó absorto al rey de Navarra.

— Todo esto y mi vida es tuyo, le dijo Abenjerard, inclinándose humildemente delante del rey.

— Leal moro, levántate, le respondió Don Sancho echándole los brazos al cuello. Si por un momento he dudado; si mi alma te hizo injusticia, desde hoy serás el tesorero de mi hacienda y de mi corona, y mi amigo...

— Alá te guarde, por generoso y por grande, respondió agradecido el moro.

— Y á tí y á tu Zaida salve el Señor misericordioso.

En aquellos momentos entraba en la sala Benjamin lleno de turbación, sin saber el motivo de su llamamiento y como si le aguardara una grande desgracia.

El judío no atinaba con la causa extraordinaria de la presencia de Don Sancho en la torre de los Albazares.

— Benjamin, le dijo el rey dulcemente conociendo el temor de que venía poseído; mucho me importan los asuntos de mi reino... quería que fueras á recibir á los embajadores del gran emperador Abu-Jacob; pero en tu lugar irá don Teobaldo y el viejo Muza-Amer-Beni. Tú no te separes de Zaida; quiero que la salves de la muerte... es necesario que viva.

» Zaida, continuó volviéndose á la mora y poniéndole la mano derecha sobre la frente fría como el hielo: no aborrezcas la vida, vive, que no debe morir tan jóven mujer tan hermosa, y á quien por su caridad bendicen mis pueblos. »

— Alá te guarde, contestó la mora dejando correr las lágrimas que mojaron la mano del rey, mientras á su vez se nublaban los ojos del caballero don Teobaldo, que ocultaba su agitación en uno de los ángulos de la sala.

Al fin el rey salió de la torre dejando á Abenjerard acompañado del judío, y sentados á la cabecera del lecho de Zaida.

Don Teobaldo le siguió taciturno, lleno de dolor, y sin ser vistos entraron en el palacio por el subterráneo del castillo antes que el sol asomara por el horizonte.

VIII.

Eran las tres de la tarde del mes de setiembre de 1198, cuando los atambores del castillo y las campanas de la torre de la ciudad anunciaron, con su alegre vocería, la salida de los embajadores para Tarifa.

El pueblo se agrupaba en la plaza Mayor, en la entrada grande del castillo, en toda la ribera y en la extensión por donde Don Sancho hacia construir los diez y siete magníficos arcos de piedra, que debían servir luego de famoso puente, por cuyas ogivadas bóvedas habían de pasar, arrebatadas de su antigua madre, que besaba tranquila las faldas del monte Cantabruna, las corrientes cristalinas del Arga, Erga y Aragon, que daban gigantesca vida al caudaloso Ebro.

Tudela, córte de los reyes navarros, ardía en fiestas, sabedora del motivo de aquella misión tan interesante á su orgullo y conveniencia nacional.

Luchaban en aquella sazón contra Don Sancho, por un lado los señores de Castilla, ambiciosos, y que menospreciando los derechos é independencia de Navarra, habían querido siempre arrebatarse las ciudades de Alava y de Vitoria, pedazos riquísimos de su territorio.

Por otro, el rey aragonés, coaligado con el castellano por celos, envidia ó miedo.

Y por último, muchas gentes de la Iglesia, movidas por los poderosos canónigos de Pamplona, que con sus honores de personas reales, enconados desde la elección del obispo don García, de origen castellano, hacían la oposición al rey, no solo con sus riquezas, sino también con el prestigio que les daba su carácter sacerdotal y la multitud de sus parientes y allegados.

Dichosamente en estas luchas ayudaba al rey el obispo don García, varón muy noble, generoso y valiente, que en ocasiones dadas había prestado á Don Sancho buenos servicios personales y grandes sumas de dinero, y á quien el rey quería muy entrañablemente.

Pero todo su prestigio y su poder no eran bastantes á sofocar la intriga de los canónigos, que estaban levantados en secreto, porque Don Sancho quería ponerlos á raya, corregirlos en sus costumbres y amansarlos en su soberbia.

Y porque para la defensa de su reino había reclamado y obtenido de don García, en cambio de muchos beneficios y cesiones, así de sus palacios reales de Pamplona, como de otros derechos, los castillos de Huarte y Mongardin, lugares seguros, que el rey fortificó para hacer miedo, tanto á los enemigos extranjeros, como á la intención torcida de los discolos interiores que cada día le amagaban con su perfidia y descontento.

En aquellos momentos, unidos en una misma oposición, hacían causa común los reyes de Castilla y el Aragonés con los canónigos de Pamplona y los adictos, á aquellos por desleales, y á estos por fanatismo ó interés.

Todos con malísima fe y con pérfida astucia, principiaron á torcer el espíritu público de España y de los países extranjeros, calumniando á Don Sancho, acusándole de mal cristiano, de atropellador de los derechos y prerogativas de la Iglesia, de partidario de la gente judía, y sobre todo de estar asociado á la morisca, con quien se le suponía en jurada liga.

Con estas calumnias, que su vocería sembraba por todas partes, y además, con una acusación audaz, sostenida por un atrevido y mal hombre de la Iglesia de Pamplona, se fueron á Roma y llenaron de sobresalto el ánimo de su santidad Celestino III, culpando á Don Sancho de que estaba en concierto con los emperadores de Africa para conquistar con su auxilio las tierras de los demás reyes cristianos y de que menospreciaba la fe de Jesucristo, dando con este motivo prestigio y au-

toridad á los moros y judíos, á los que consideraba de igual condicion que á los cristianos.

Celoso Celestino III de los intereses de la Iglesia, atormentado con aquellas acusaciones, lleno de pesadumbre con las noticias que Don Alfonso VIII de Castilla y Don Alfonso II de Aragon le enviaban, y de la falta de equiescencia del rey navarro en la famosa entrevista delante de Agreda, cuyo terreno desde entonces se le llamó mesa de los reyes, escribió á Don Sancho, fulminando contra él fuertes y severísimas censuras, haciéndose partidario de las quejas de los canónigos de Pamplona, condenando á la nulidad varias sentencias y determinaciones del rey, rompiendo, por decirlo así, el cetro de Navarra, y dejando á Don Sancho sin prestigio para gobernar sus pueblos, de los cuales eran una parte los canónigos insubordinados de la iglesia catedral de Pamplona, que la corona mantenía muy ricamente, cubriéndola de dignidades y defendiendo su propiedad y las prerogativas y privilegios de que en los siglos anteriores la habian dotado sus progenitores.

El rey recibió aquellos agravios muy fiero; y sacudiendo su cetro, llamó á su lado al obispo don García, á los caballeros de su reino, á los mas sabios, experimentados y prudentes, pidiéndoles consejo.

Navarros cristianos eran todos; y entre ellos se sentó, por gran privilegio, el anciano judío Benjamin, médico del rey.

— Caballeros, les dijo cuando los tuvo reunidos en el castillo, por todas partes me rodea la guerra latente de mis enemigos. Cautelosos los reyes de Castilla y Aragon, no atreviéndose á luchar con las armas en la mano, á mi propio reino me traen la intriga y la desavenencia, que lo pone en lamentable conflagracion.

» En mis canónigos rebeldes de Pamplona hallan medio para la hostilidad y el daño.

» Don García, que está presente, y la mejor parte del cabildo de la Iglesia me son fieles, y tambien el clero de las ciudades y las villas.

» Pero esos temerarios esparcen contra mí audaces calumnias; llegan á acusarme de impiedad y de usurpar los bienes de la Iglesia, porque mantengo á cada cual en su derecho y religion.

» He castigado su crimen arrojándolos del reino; pero ellos llevan su insidiosa malicia á la corte de Roma; y Roma, sin oírme, fulmina contra mí real persona rayos de ira, y absuelve de mí justicia á los temerarios que conspiran contra mi corona.

» No para en estas heridas el agravio: sino que hasta la gobernacion de mi reino tiene que ponerse á la merced de esta perfidia, y mis ciudades, si doblara la frente, tendrian que ser esclavas de los reyes de Castilla.

» El no querer sacrificar la sangre de mis pueblos al orgullo y rapacidad de Don Alonso; el defender los justos fueros del obispo don García contra la usurpacion del de Tarazona, protegido por la mano del Aragonés; el aceptar la generosa paz y la amistad que el emperador de Africa me ofrece; el desear que Navarra sea fuerte, y el mayor y mas poderoso reino del mundo, es causa de las dificultades que en este momento me cercan.

» Caballeros navarros: ahí están las cartas del pontífice y las del emperador de Africa; vosotros habeis oido mis razones, dadme vuestro leal consejo.»

Los caballeros de Pamplona, Tafalla, Olite y Tudela, de todos los castillos, de las montañas y riberas, leyeron las bulas de Celestino III, condenando al rey, y las cartas de Abu Jacob, el Miramamolín, ofreciéndole su amistad y proteccion.

Largos momentos duró el acuerdo; pero el pueblo navarro, desde su origen, tanto en sus tiempos de colonia fenicia, cartaginesa y romana, como en su época de monarquía árabe, así como en los dias que eligió reyes de sus naturales, siempre independiente, viviendo de su fuerza y su derecho; en la rudeza de sus costumbres; desde las asperezas de sus montañas, hasta las apacibles y risueñas riberas, habia hecho su voluntad arbitrariamente, sin respetar poderes extraños; encerrado en sus tradiciones y en sus leyes, defendiendo su nacionalidad con valor heróico.

¡Dichosa raza de ciudadanos, con amor de patria é independencia! — ¡Ojalá que nunca desmaye vuestro corazon!...

Así fué, que sin vacilar, contestaron los caballeros y hombres buenos que representaban las ciudades y villas, diciendo:

— Rey Don Sancho, tú eres el señor de Navarra; sobre nuestros escudos juramos á tus abuelos. Bajo tu cetro están defendidos nuestros fueros; tú dispones de la guerra y de la paz. A la sombra del águila de tu bandera, nosotros te hemos seguido fieles, y te acompañaremos toda la vida obedeciendo tu voluntad.

» Eres justiciero y sostenes de la Iglesia de Jesucristo; á cada cual, moro ó judío, consientes ame y adore el Dios de sus abuelos.

» Valiente, generoso y lleno de piedad con los infelices, bajo tu manto hallan abrigo los cristianos, los moros, los judíos, y el extranjero recibe en tus tierras benéfica hospitalidad.

» Quieres engrandecer la patria, y tu mano impulsa las obras imperecederas, gloria de los buenos reyes, y que algun dia, padron de tu memoria, serán la admiracion del mundo.

» Tu historia no será de vanidad ni de tiranías, será la de un buen padre de su pueblo.

» Despues de Dios, tu voluntad es nuestra ley.

» Ordena, señor, que las ciudades y las villas y los castillos de Navarra, te obedecerán. »

— Bien, caballeros, dijo el rey, conmovido con la confianza ciega de los procuradores de su reino. ¡Dichoso rey Don Sancho VIII, amado y bendecido de sus pueblos!... y extendiendo sus manos á los obispos, caballeros, ricos hombres, infanzones y capitanes de su consejo, dió la orden de que entraran don Teobaldo y el viejo Muza-Asem-Amer-Beni.

Don Teobaldo y Muza-Asem entraron en la sala del consejo.

— Tomad esas cartas, les dijo; que sean llevadas á Africa. En vuestra compañía que vengan los enviados de Abu Jacob, y que Navarra los honre con su hospitalidad...

Antes de la salida de don Teobaldo de la sala del castillo, el pueblo de Tudela sabia el acuerdo de los buenos hombres de Navarra y las intenciones grandes y previsoras del rey.

Así fué, que al presentarse don Teobaldo, acompañado de los caballeros que iban en busca de los embajadores moros, el pueblo levantó al cielo sus gritos de alegría, aclamando frenético á Don Sancho, el justo, el fuerte y el padre del pueblo.

¡Felices los reyes amados y bendecidos!... ¡Cuánto mejores son los aplausos de la multitud de ciudadanos, que la adulacion pífida de los privilegiados que tiranizan!

IX.

Engalanados estaban los balcones y ventanas de la ciudad con pendones, alfombras y capacetes, en señal de regocijo; á ellas se asomaban las damas arrojando flores sobre los caballeros que pasaban.

Las campanas, echadas á vuelo, aumentaban la algazara, acompañándolas en sus vocerías las músicas y cantos nacionales; aquel dia de alborozo era, mas que por la fiesta, solemne por la expansion de energía del rey, que se sentaba bajo el solio de Navarra.

¡Siempre la independencia y dignidad de los reyes arrebató el entusiasmo de los pueblos!...

La comitiva cruzó toda Tudela; pasaba por delante de la torre de los Albazares, última puerta de la ciudad, cuando don Teobaldo fijó los ojos en sus ogivas.

— El ángel te acompañe, caballero don Teobaldo, decía desde un minarete la niña Elide, esparramando jazmines y lágrimas sobre la cabeza del trovador de Navarra.

— La Virgen te guarde á tí y á la torre de los Albazares, dijo melancólicamente el caballero, saliendo á escape por la puerta que daba á los campos de Albea, seguido de su brillante comitiva.

X.

El dia iba acabando... ¡Qué tristes son las sombras de la tarde para el que tiene el alma melancólica!...

¿Porqué llora la infeliz, encerrada en el cuerpo con sus gemidos silenciosos y sus pensamientos profundos, y sus amargas lágrimas, que nadie oye, que nadie comprende, que nadie ve, y que se secan ateridas sobre las alas del corazon?...

¡Oh si pudiera el espíritu adivinar el remedio para las dolencias secretas é interminables del sentimiento! ¡qué benignas serian entonces las desgracias! ¡con qué resignacion las soportaria la frágil materia de que se forma la misteriosa naturaleza de la vida!...

¡Pero la melancolía, el dolor crónico que está en el espíritu; que nace en el espíritu y muere en el espíritu que lo crea, no tiene remedio, no tiene amparo, no tiene mas que lágrimas en que gastarse y angustias en que envolverse hasta llegar al límite de la tumba!...

« ¡Desgraciada de la que nació con un alma de fuego, generosa, sensible y pura como el rocío de la mañana! ¡desgraciada, sí, muy desgraciada!... »

Así discurría meditabunda, y recostando la cabeza sobre los almohadones de su lecho, sin consuelo, la hermosísima Zaida.

— ¿Qué tienes, hermana de mi corazon, le preguntó la niña Elide, que á su cabecera la contemplaba inmóvil, llena de cariño y anhelosa por verla restablecida de sus males.

Zaida habia criado á la hija de Benjamin.

Elide la amaba como á una madre.

— Nada, hija mia: tristeza, tristeza; le respondió la mora.

— Yo tambien la tengo, dijo Elide con inocente y lastimoso acento.

— ¿Tú tambien tienes tristeza, cuando apenas se han abierto tus ojos divinos á la luz del cielo?

» ¡Ay Dios mio, Dios mio!... tus flores parece que están malditas y condenadas á marchitarse antes de nacer, exclamó la mora con acento profundo, dejando caer tristemente la cabeza sobre el pecho. »

Elide estaba angustiada, y comprendiendo el dolor de Zaida, rompió en amargo llanto.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La moda en la primavera. — Apuros para escribir sobre las modas masculinas. — El baile de trajes del palacio de Alba. — Las contradanzas mas famosas. — Descripción de algunos de los trajes mas notables. — Una noticia sobre las modas de los hombres. — Tres trajes foto-

grafados en las carreras de caballos. — Descripción del figurin de este número.

Ya tenemos á la elegancia vestida de primavera. Sin embargo, en cuanto á novedades nada; siempre los mismos fracs, los mismos paletós y las mismas levitas. De esto resulta un apuro para quien escribe de modas. ¿Qué decir en efecto sobre prendas tan conocidas? Hoy sin embargo tenemos que dar algunas noticias que llenarán perfectamente el vacío. Tenemos que hablar del baile de trajes en el palacio de Alba, que ha sido una fiesta que dejará memoria en Paris.

El salon de baile tenia por techo un cielo azul trasparente, donde la luna paseaba su disco pálido y plateado, reflejándose en las claras aguas de una triple cascada. Era una decoracion espléndida. En medio de un paisaje de verdura y de flores se distinguia un pabellon con las ventanas iluminadas que producian un efecto mágico. Siete enormes arañas de cristal esparcian una viva luz sobre los dorados y las finas pinturas que adornaban las paredes y el techo, y unas grandes antorchas luminosas aparecian en medio de montones de flores.

La orquesta era muy nutrida, y todos los músicos vestian trajes de la edad media. A las diez se formó un rigodon con personajes sacados de los cuentos de hadas: el Enano, la Caperuza encarnada, el Lobo, etc. Ha sido muy notable el traje de la nieta del pintor Isabey, que representaba un Gato con botas. A este rigodon sucedió el de los Cuatro Elementos dispuesto en la siguiente forma:

El Agua: madama Walewska, madama Gretry, una princesa rusa y madama Labedoyere.

El Fuego: madama de Pourtales, la señorita de Errazu, que estaba radiante de diamantes, una de las señoritas Ross, y madama del Villar.

La Tierra: madama de Persigny, una polaca muy bella y la princesa Schweikowska.

El Aire: madama de Morny, madama de Metternich, la mas jóven de las señoritas Ross, y una hermana de la princesa Schweikowska.

Madama de Metternich, para justificar sin duda su presencia en el rigodon del Aire, bailó con tal ligereza que podia dar envidia á nuestras celebridades de la Opera, y llevaba un traje lo mas aéreo posible.

La princesa Matilde ha llamado mucho la atencion v stiendo de mujer de la India, de la secta de Parsis, y llevando los brazos, el pecho y la frente pintados de amarillo. Este traje, en que hacian casi todo el gasto las pinturas, se ha calificado de muy excéntrico.

La princesa Clotilde tuvo la modestia de vestir simplemente de pastora.

El traje mas original era el de un personaje que figuraba una rama de roble, el cual presentó un ramo de flores y un soneto á la princesa Clotilde.

A la emperatriz se la vió en traje de dominó azul, al emperador de dominó moaré blanco, y al príncipe Napoleon de dominó veneciano. La emperatriz permaneció en el baile hasta el dia, y tambien cenó en él.

Ya era de dia cuando se salió del baile. Mucha gente del pueblo presenciaba la salida y acogia con chocarrerías análogas á los cansados concurrentes del baile. Antes de retirarse la concurrencia, se pidió que para el sábado próximo se diese otra fiesta de este género; pero el emperador no acogió favorablemente semejante indicacion.

Todos los trajes habian sido dispuestos en casa de Wory. M. James de Rotschild se presentó dando el brazo á una reina de Sabá: por esto se dijo que era «Salomon de Rotschild.» M. Constantino Nigra vestia de oficial piemontés del siglo decimoctavo, y llamó tambien la atencion lord Cowley con sus dos hijas vestidas la una de Noche y la otra de Dia.

Es preciso ahora decir algo sobre las modas de los hombres. La única noticia de importancia que tengo que comunicar es que las prendas se harán mucho mas largas del talle. Los chalecos se hacen siempre derechos y con chal. Los pantalones de una anchura ordinaria. Las levitas ni cortas ni largas. El alpaga inglés será una tela que se llevará mucho este verano. Nada es en efecto mas distinguido que un traje que se compone de una jaqueta corta de alpaga negro, con un pantalón blanco y un chaleco de color un poco claro.

Hé aquí la descripción de tres trajes que llamaron la atencion en las últimas carreras de caballos.

El primero se componia de una pequeña levita de paño ligero bronceado con una sola hilera de botones. Las mangas sin ser enteramente lisas, no tenian ya fruncido ninguno en lo alto del hombro que se ha llevado últimamente. La forma del chaleco era derecha á la inglesa; se abotonaba con cuatro botones y tenia un cuellecito de tres centímetros de altura.

El segundo era un traje casi de montar de paño verde Napoleon abotonado derecho sobre el delantero. El pantalón de color de avellana con bandas de diez milímetros de anchura.

El tercero tambien de montar, era igualmente de paño bronceado. Pantalón gris claro.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin donde se ven varios modelos diferentes.

El primero, todo de primavera, es para un niño de diez años, y se compone de una especie de pequeño paletó ó chaquetilla larga, un poco ajustada y sin cuello, de merino verde oscuro y adornada con un galon de terciopelo negro cosido llano al rededor.

Bolsillos en las caderas cuya abertura está ribeteada con el mismo galon.

Las mangas son anchas desde arriba hasta el codo, y se van estrechando hasta abajo, con una abertura galoneada y cerrada con varios botones.

Algunos niños llevan con esta chaquetilla un chaleco largo que se abotona tambien, pero esto no es de rigor.

El pantalón es de lana rayada, muy ancho por los muslos, casi justo sobre el pié y sin trabillas.

Viene luego un jovencito con el traje de la primera comunión.

Muchas son las dificultades que el sastré tiene que vencer en este traje. Con efecto, dar á los niños un frac seria ridicu-



VISTAS DE ITALIA. — MENTONE EN EL PRINCIPADO DE MONACO.

lo; á falta de frac, no es conveniente tampoco una jaqueta, de modo que se ha decidido atenerse á la «chaquetilla inglesa larga.» Esta chaqueta se hace de paño negro y se abotona derecha sobre el delantero. Lleva un cuello pequeño, solapas cuya abertura forma una V cerrada, y las mangas tienen el mismo corte que las de los vestidos de los hombres.

Chaleco de piqué blanco, de chal un poco abierto.

Pantalon de dril blanco liso, un poco ancho de piernas.

Medias blancas.

Zapatos de charol con lazos.

Corbata blanca con puntas bordadas y cuello postizo vuelto.

El brazal, distintivo atado al brazo izquierdo, se lleva ordi-

nariamente de seda, seda tafetan ó raso, guarnecido con flecos de oro ó de plata.

Sigue luego un traje especial para montar á caballo.

La prenda principal es una jaqueta de tela mezclilla gris y negra, con cuello cubierto de terciopelo. El talle es muy largo y se ajusta exactamente al rededor del cuerpo; por consiguiente los faldones son cortos y sin vuelo.

Bolsillos cubiertos con carteras redondeadas en los ángulos en la costura de los embebidos.

Chaleco con una hilera de botones, con cuello largo y caído.

Pantalon ancho y corto para ser llevado con botines de la misma tela.

La última figura, un hombre de treinta años, lleva un negligé de mañana; paletó corto y cerrado con una hilera de tres botones.

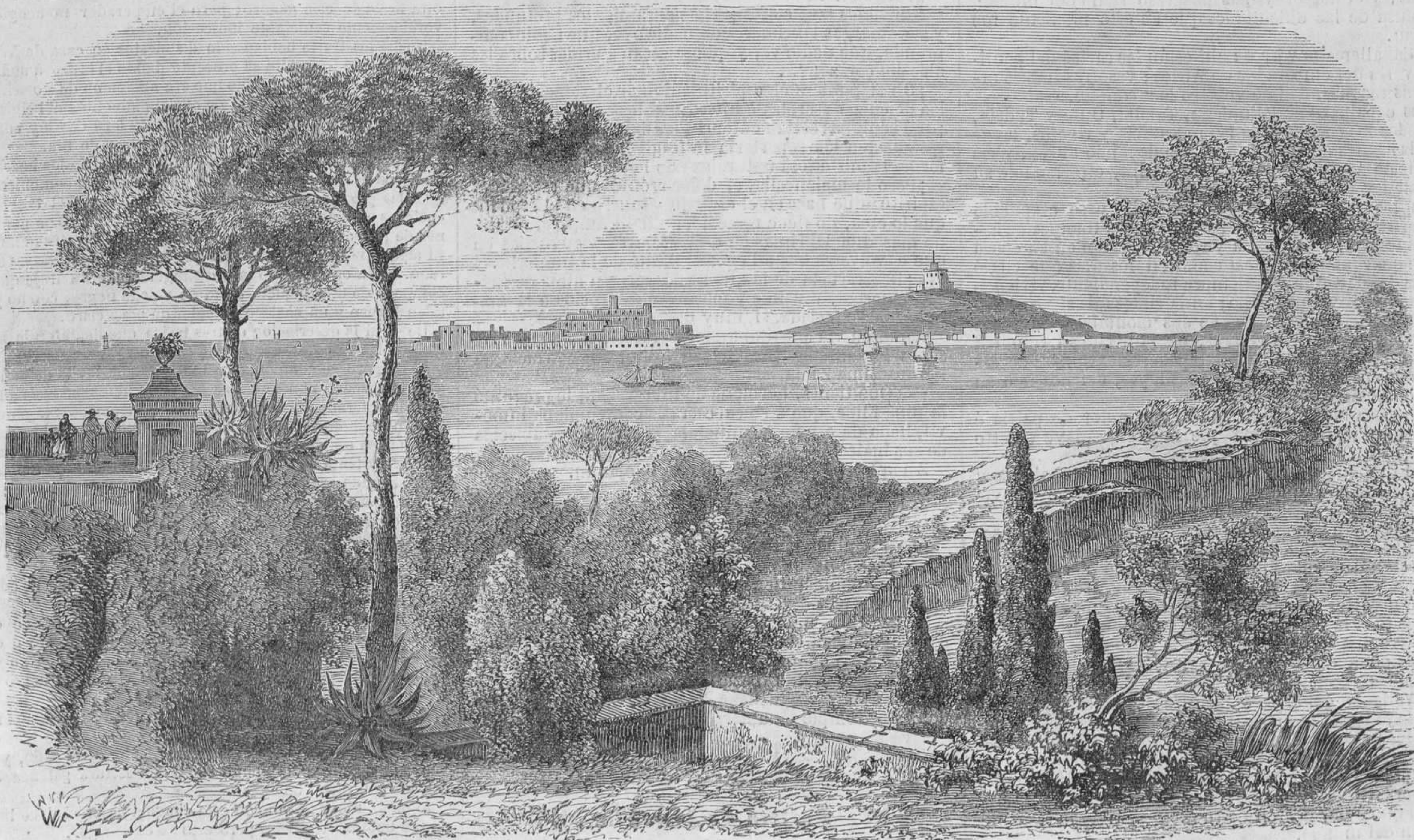
Esta prenda, que se hace con un tejido mezclilla bronce, se forra de seda por dentro. El cuello es bajo y estrecho por detrás, y las mangas anchas tienen su largo natural y carecen de bocamangas.

Bajo este paletó se puede llevar un frac cualquiera; así como también se puede llevar solo.

El chaleco debe de ser de tela adecuada al pantalon.

El pantalon cae derecho y no lleva trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.



GAETA, RESIDENCIA DEL REY DE NAPOLES FRANCISCO II.